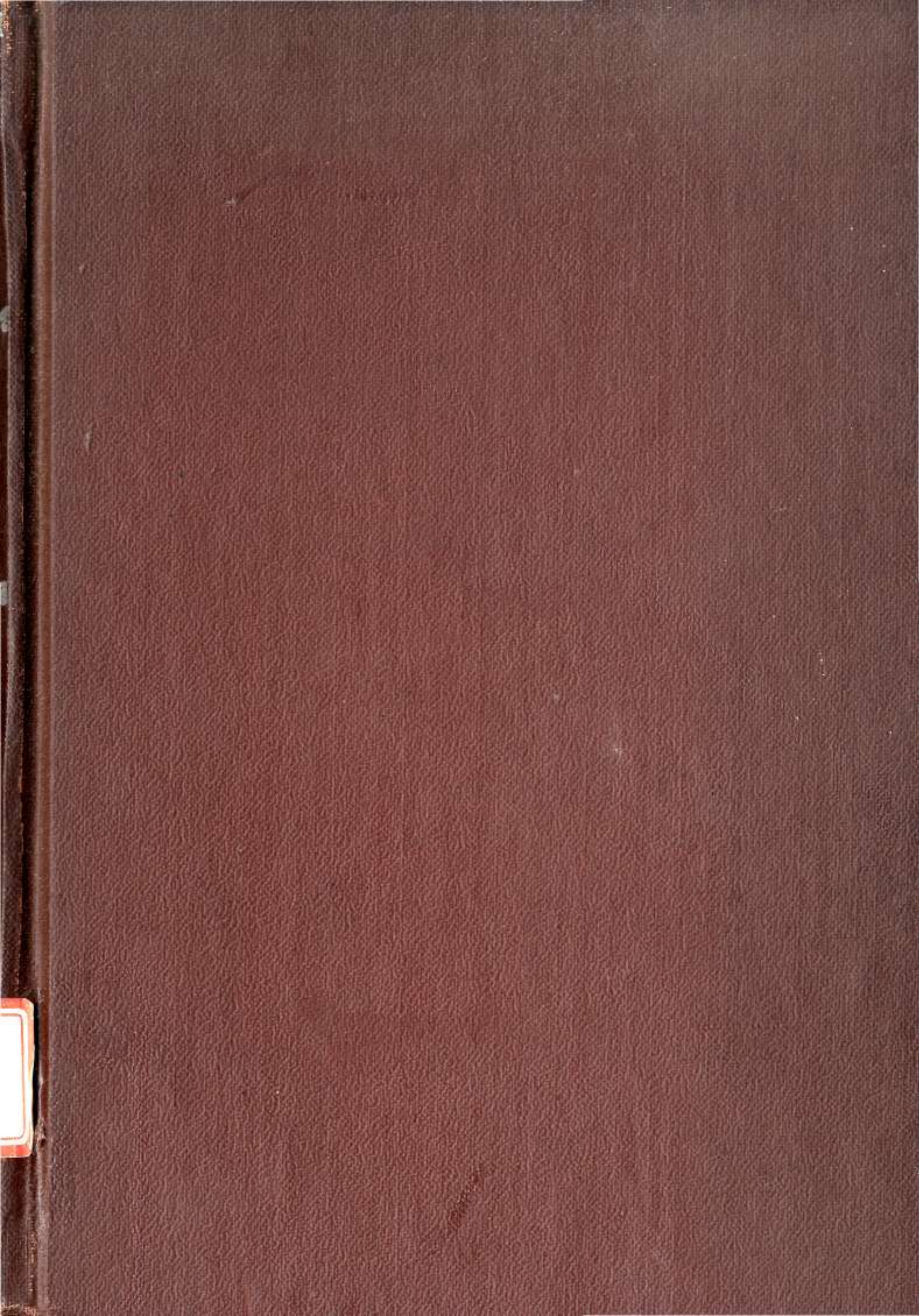
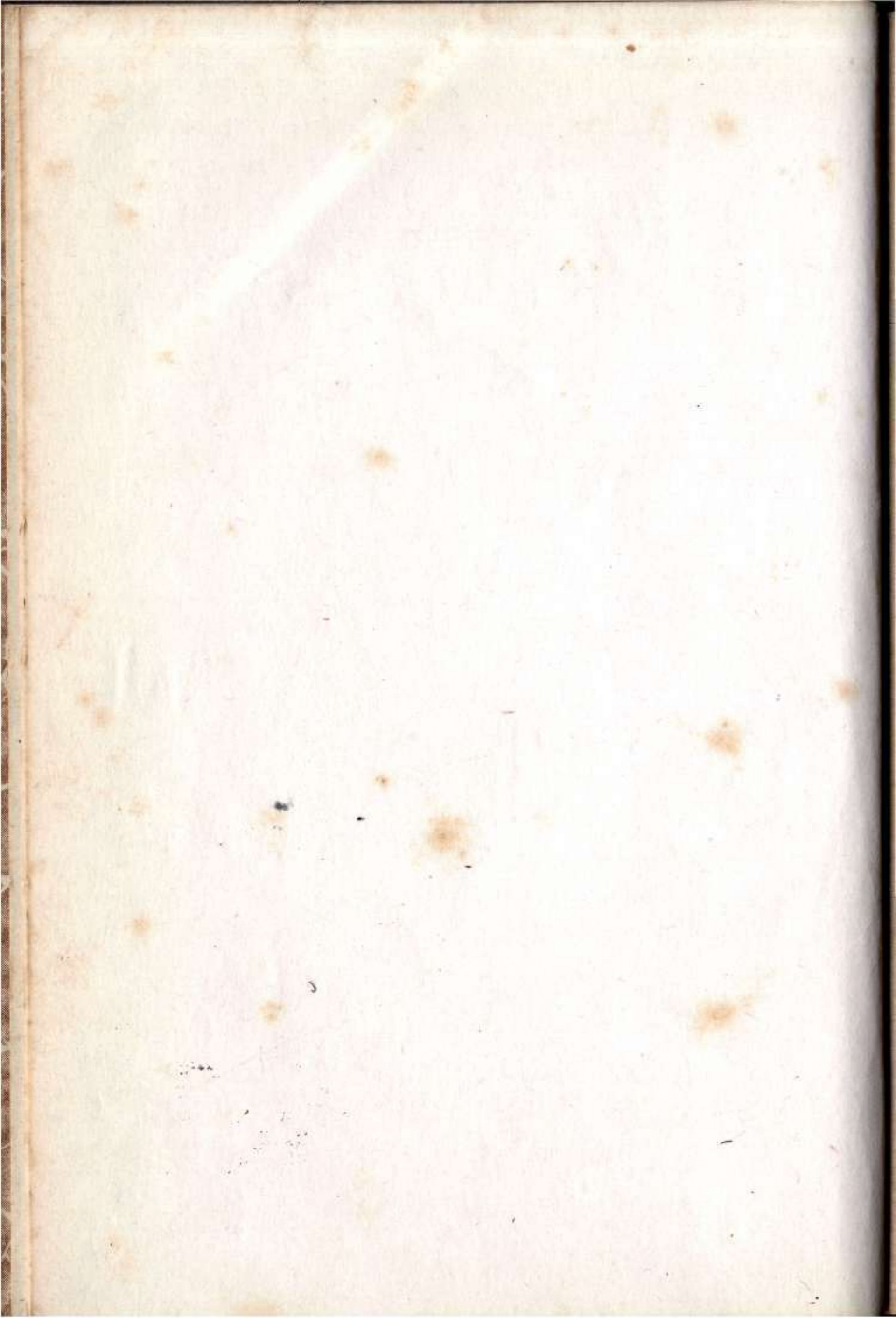




IGHASO Y SANZ

LA FLOR DEL CAMINO

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

León Ichaso y Julián Sanz

Estrenada en el Gran Teatro Polyteama Habanero,

la noche del 16 de Abril de 1914

en el Beneficio de la primer actriz Cubana,

Sra. Enriqueta Sierra de Irigoyen



HABANA

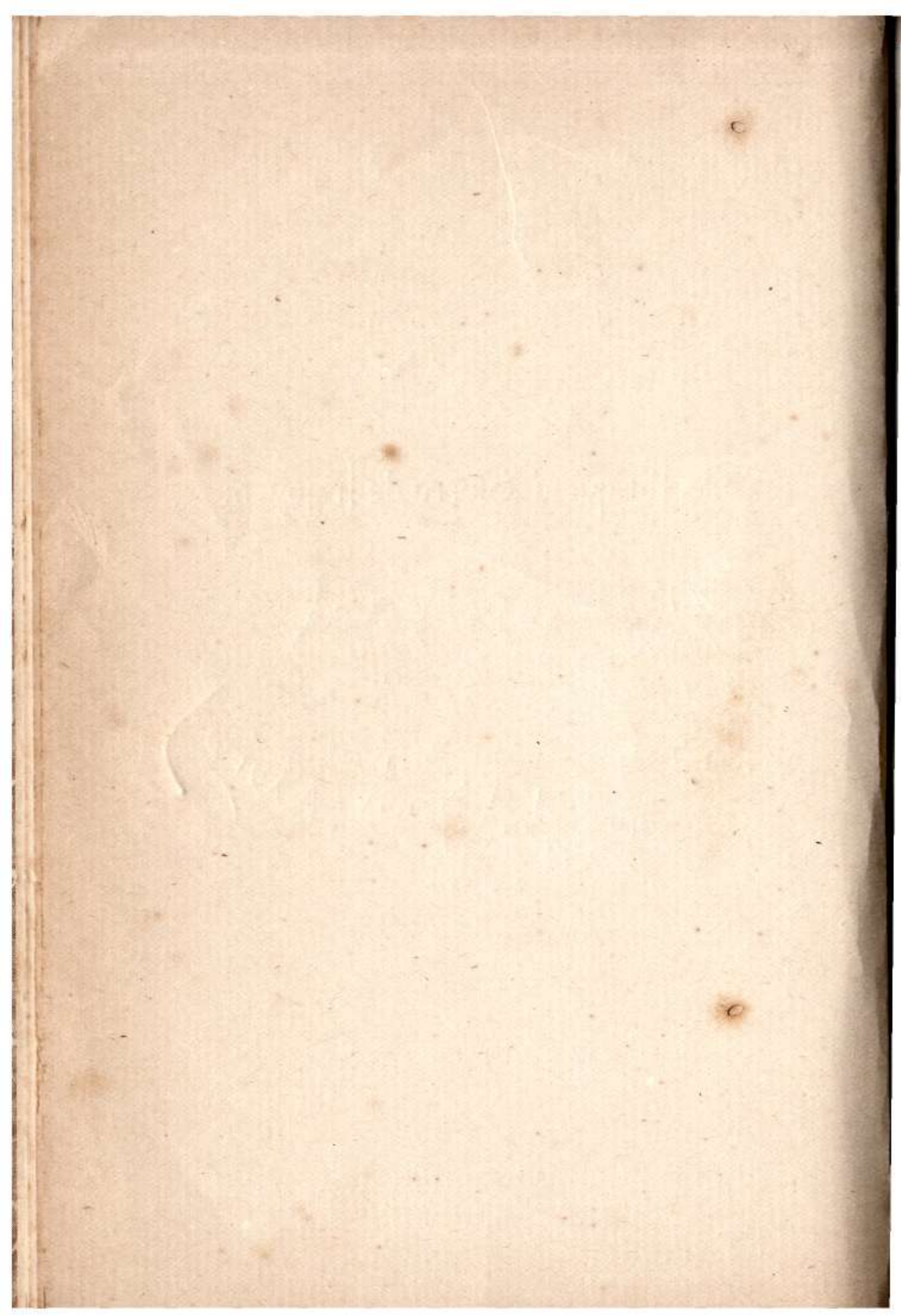
Imprenta y Papelería "La Universal," Obispo 34

1914

Sra. Eriqueta Sierra de Irigoyen:

A Vd. la aplaudida atriz, á quien tanto debe el Teatro Cubano, dedicamos fervorosamente esta obra, inspirada por su arte y su talento.

Los Autores.



LA FLOR DEL CAMINO

PERSONAJES

CLARA	42	Sra. Pujol.
EVA	20	„ Sierra.
GELITA	18	„ Mendizabal.
NENA	19	Srta. Piedra.
ROSALIA (criada)		„ Fernández.
SATURNINO MENENDEZ	50	Sr. Soriano Viosca.
EDGARDO	23	„ Rodríguez Ros.
DON EULOGIO	40	„ Sierra.
PAQUIN	19	„ Irigoyen.
AGENTE DE LA SECRETA	35	„ Garrido.

Eva, Gelita, Nena y Paquín, hablan con acento cubano.

LA ACCION EN LA HABANA,
EPOCA ACTUAL.

DECORACION

Sala elegante de una casa del Vedado. Al fondo portal y jardín. En la sala, piano con tapete y adornos, jarrones, retratos, etc. Sillones, sofá, sillas tapizadas. Mesa de centro. Mesita en un ángulo con adornos y el retrato de Edgardo. A su lado una *marquesita*. Dos puertas laterales. 2ª derecha, salida al comedor y pasillo que conduce á las habitaciones altas. 1ª al despacho. 1ª izquierda y 2ª izquierda, habitaciones de la planta baja. Al fondo puerta grande, única de entrada.

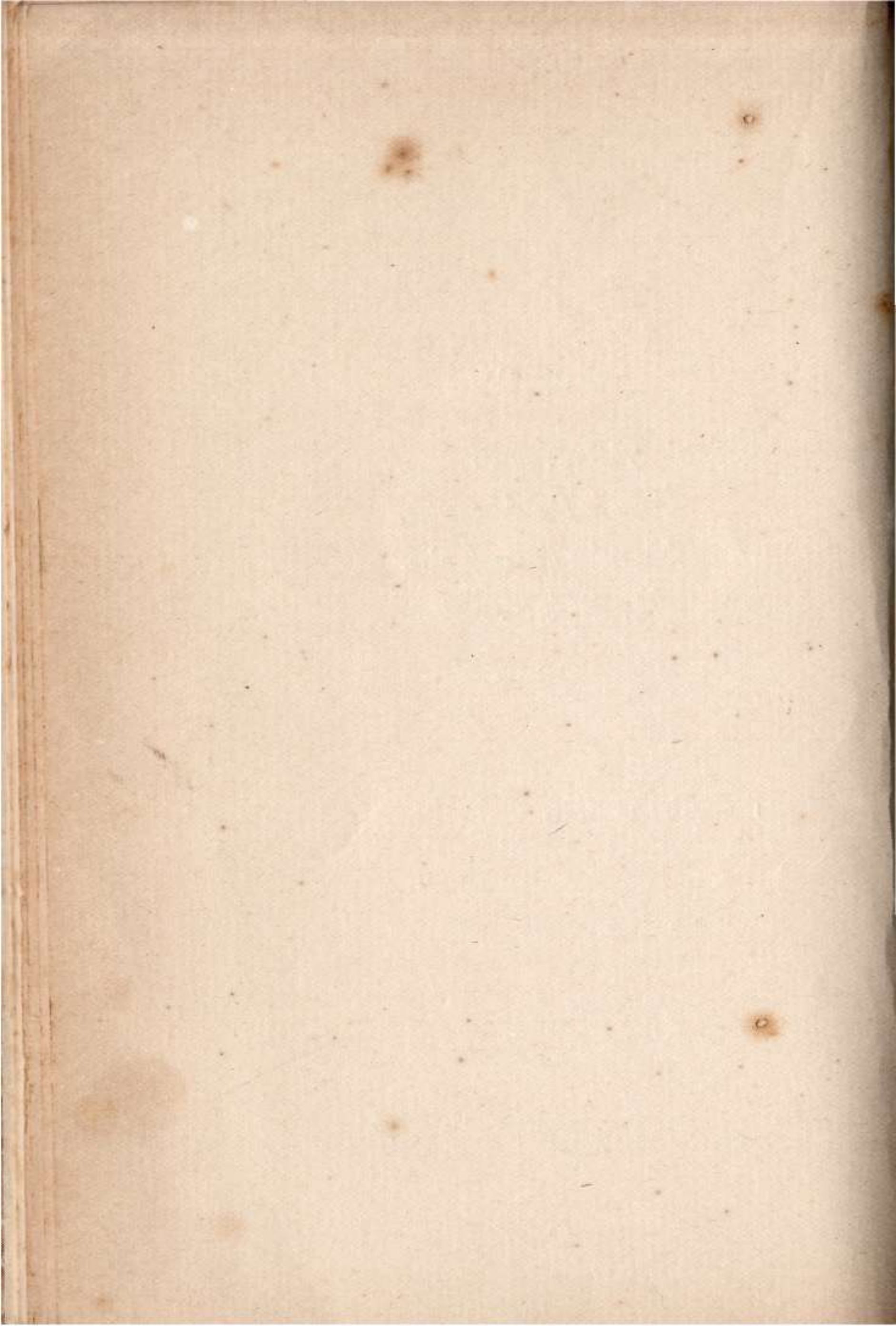
DOMINGO, DE DIA.

Derecha é Izquierda, la del espectador.

(1)

Sola con su aroma está
Como la flor del camino,
Sin saber de dónde vino,
Ni quién la recogerá.

(1) **Original de los Autores.**



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Don Saturnino, Clara, Celita. Aparece Don Saturnino leyendo un periódico. Clara tomando café. Celita, ataviada como para ir a un baile, sentada en la marquesita de la izquierda puliéndose coquetonamente las uñas.

SATURNINO

(A Clara)

Este periódico es de ayer. Ya lo leí en el Casino.

CLARA

Ahí en tu cuarto están los de la mañana. También tienes algunas cartas.

SATURNINO

Los domingos no leo cartas; y menos de negocios. Celita, alcánzame los periódicos de mi despacho.

CELITA

Voy, papá.

(Continúa en su tarea).

CLARA

¿Tú no quieres café?; está riquísimo.

SATURNINO

Lo tomé temprano. Hoy he madrugado más que de costumbre. Fuí a ver si Edgardo quería acompañarme a dar un paseo... Pero parece que no ha olvidado aún la costumbre de dormir la mañana.

CLARA

¡Pobrecito! Estará cansadísimo. ¡Con qué gusto habrá dormido en su casa, después de cinco años de ausencia!

CELITA

¡Qué raro me ha parecido con bigote! Está desconocido. Debiera afeitárselo para estar a la moda. No me gustan los hombres con bigote.

CLARA

Muy bien que le quedan; le dan un aire tan señorial y tan distinguido...

SATURNINO

Pero, niña; ¿y los periódicos?

CELITA

¡Ah! Sí; en seguida... ¡Estoy tan cansada!

SATURNINO

De no hacer nada ¿No es verdad?

(Sale Rosalía, recoge el servicio de café y hace mutis). (2.ª derecha).

CELITA

¿Qué dices? Temprano que me levanté. Serían las nueve...

CLARA

Siempre has sido madrugadora..

CELITA

No por mucho madrugar amanece más temprano. Y además, para aburrirse, siempre hay tiempo.

SATURNINO

Déjate de plamplinas y tráeme los periódicos.

CELITA

Creo que están sobre el bufete.

CLARA

¡Iré yo, hija!

(Sale y vuelve con ellos).

SATURNINO

¡Siempre lo mismo!

CLARA

Aquí los tienes *(A Celita)*. Este es el último figurín; te lo mandó ayer la Nena.

CELITA

¡Ah! Dámelo, dámelo; me interesa mucho.

(Lo toma y lo hojea con curiosidad).

ESCENA II

Dichos y Eva, que entra del jardín con puchas de flores que irá colocando en el jarrón, etc.

EVA

Mire usted, Clarita. ¡Qué preciosas están! ¡Qué belleza de jazmines; son de las matas nuevas!

CLARA

Verdad que están hermosos. Vete colocándolos sobre el piano.

(Eva las coloca en el jarrón de la mesa de centro. Después adorna con algunas flores los floreros del piano, y se retira por donde entró cuando lo crea oportuno).

SATURNINO

Mira, mira, mujer, lo que dice *La Discusión*.

CELITA

¿Qué dice?

SATURNINO

Habla de nuestro hijo. Verás. (Lee).

"Después de cinco años de permanencia en Berlín, en cuyo Conservatorio ha cursado brillantemente sus estudios de música, ha regresado a su hogar nuestro muy distinguido y querido amigo, el talentoso joven Edgardo Menéndez.

De sus triunfos musicales prematuros ha hablado encarecidamente la prensa berlinense. Cu-

ba espera mucho de las relevantes condiciones del nuevo y ya preclaro artista.

Dámosle nuestra más cariñosa y fraternal bienvenida".

Clara

Muy bien, muy bien. Muy merecido que lo tiene.

Saturnino

Ya lo creo. Como que se ha educado nada menos que en Alemania.

Celita

Mamá, ¡qué bonito!

Clara

Y muy bien escrito.

Celita

Si me refiero al sombrero de este figurín. Mira, qué pluma llorona. Se parece a la mía...

ESCENA III

Dichos y Don Eulogio.—(Foro).

Eulogio

Buenos días, familia.

Clara

¡Don Eulogio... !

Eulogio

Traigo novedades, novedades. ¡Hola Saturnino! Traigo novedades.

Celita

Como todas las de Ud. Ayer me dijo que se iba a estrenar la película "Espartaco" en el Polyteama, y hacía quince días que yo la había visto.

Clara

Es que Don Eulogio no está al tanto del movimiento teatral.

Celita

Ni de ningún otro movimiento.

Eulogio

Eso no; que lo diga tu padre. A ver quién es el primero que husmea las alzas y bajas de la bolsa.

Saturnino

Efectivamente; pero lo que es en la última jugada nos lucimos...

Eulogio

¡Ah! Bueno; pero aquello tuvo su explicación.

Clara

¿Hay novedades o no?

Eulogio

Aquí las traigo.

(Saca un periódico).

¡Qué artículo, chico, qué artículo! Verás, verás. Es un honor, un orgullo para la familia. Oye:

(Leyendo el periódico).

"Después de cinco años de permanencia en Berlín, en cuyo Conservatorio ha cursado brillantemente...

Celita

Ja, ja, ja... ¿No lo dije?

Eulogio

(La mira asombrado y sigue).

"brillantemente sus estudios de música"...

Saturnino

Mira, chico, vete con la música a otra parte.

Eulogio

Si se trata de Edgardo.

Celita

(Imitándolo).

¡Si ya lo hemos leido!

Eulogio

(Aturdido).

¡Qué me dicen! Bien, bien... ¿Y qué les parece, ¿eh?, ¡Qué bueno!, ¿eh? Si ya lo decía yo.

Clara

Figúrese Ud. lo que nos halaga.

EULOGIO

Y Edgardo ¿lo ha leído?

SATURNINO

Aun no se ha levantado.

EULOGIO

¿Qué me cuentas? ¿Qué aun no se ha levantado ese tunante? Pues a llamarle; que vengo dispuesto a darle un abrazo, que ya, ya... Tu hijo vale mucho, Saturnino. Si yo tuviera uno así...!

CLARA

¿Pero, cómo, Don Eulogio, si no se ha casado Vd?

EULOGIO

Digo, en caso de que me casara.

CELITA

Que sería un fenómeno algo raro.

EULOGIO

Te equivocas. Aquí donde me ves, las tengo así, a puñados.

CELITA

Como los años.

CLARA

Vamos, niña; deja en paz a Don Eulogio.

EULOGIO

Al contrario; si a mi me encantan estas cosas (Transición).

A propósito. Otra novedad. Esta sí que va a interesar a Celita. Me han dicho, me han asegurado ¿eh? que un joven, rico él, honrado él, inteligente él, ¿eh?...

CELITA

(Con curiosidad).

Vamos a ver ¿qué le ocurre a ese joven?

EULOGIO

Me han dicho, me han jurado, que ese joven, (no te hagas la cándida), va a tener el honor de pedir tu blanca y linda mano.

(Celita le hace señas de que se calle).

No; no valen señitas. No me callo.

SATURNINO

(Entre serio y alarmado).

¿Qué estás diciendo, hombre de Dios?

EULOGIO

¡Ah! Yo las cojo al vuelo; yo las veo venir. Pues ese joven, se llama... se llama Roberto.

CELITA

(Tranquilizada).

Ja, ja, ja.

EULOGIO

¿Otra vez la risa?

CELITA

Roberto, rico él, apuesto él, honrado él, calabaceado él.

EULOGIO

¿Cómo calabaceado? ¿Desde cuándo?

CELITA

Desde hace seis meses nada más. ¿Usted cree que yo puedo querer a un hombre que todo lo toma en serio?

SATURNINO

(Algo enojado).

Eso es. En cambio se te ha metido en la cabeza ese otro pisaverde, tunantuelo... Vamos... Hoy no quiero incomodarme.

(Se levanta y va hacia el foro en el momento en que entra Eva. La mira fijamente. Ella baja los ojos y se separa de él). (Viene con nuevas flores).

EULOGIO

Tengo otra novedad. Otra novedad.

CLARA

No; no nos cuente más novedades.

ESCENA IV

Dichos y Eva. Después Edgardo (2.º derecha) al final una criada.

EULOGIO

(A Eva).

¡Hola, preciosa! Tú siempre con flores. Apues-

to a que este jarrón lo has arreglado tú. Así me gusta. Edgardo lo merece todo.

EVA

(Colocándolos).

Lo merece Edgardo, lo merece Clarita, lo merece Celita.

EULOGIO

Y lo mereces tú...

CELITA

(Irónicamente).

¡Qué galante!

(Al entrar Edgardo, Eva conservará algunas flores en la mano). (Quedará un momento perpleja y seguirá arreglando el jarrón del centro).

EULOGIO

(Saliendo a su encuentro).

Edgardo, querido Edgardo, dame un abrazo.

EDGARDO

Con el alma, Don Eulogio.

EULOGIO

¡Qué guapo! ¡Qué buen mozo! Ya he sabido tus triunfos. Yo lo sé todo.

EDGARDO

Buenos días, mamá. *(La besa en la frente).* ¿Qué hay, papá? *(Le abraza).* Y tú *(a Celita).* Dame un beso.

(Va hacia ella y la besa en el cabello).

SATURNINO

¿Qué tal descansaste?

EDGARDO

Como un bendito. Ya lo ves; a mi que estoy acostumbrado a levantarme con la aurora, me ha sorprendido en la cama el sol del medio día.

EULOGIO

Chico, no me canso de mirarte.

EDGARDO

Usted siempre tan bueno y tan famoso.

(Mirando el jarrón).

¡Oh! ¡qué hermosura de flores! He ahí un tesoro que ahora no se ve en Berlín. ¡Rosas, jazmines y lirios en invierno! Bien me he acordado de ellas en medio de aquellos campos y jardines cubiertos de nieve. Bien me he acordado de esta luz, de este cielo, en medio de aquellos días nublados y oscuros.

(Tocando las flores).

Rosas, jazmines, lirios, violetas... (A Eva). Las cogiste tú, ¿no es verdad? ¿Cómo sabías que me gustaban?

EVA

¿A quién no le gustan las flores? ¡Son tan lindas y tan buenas! Dan olor y no hacen daño a nadie. Y ¿quién no sabe que los artistas aman siempre las flores?

EDGARDO

Es verdad, Si desapereciesen las flores y la

mujer, desaparecería también el arte. ¿No es así, Celita?

Celita

Con tal que quedasen los figurines de la moda...

Clara

¡Vaya una salida!

Edgardo

A propósito de figurines, he traído de Berlín unas cuantas chucherías para ustedes. Verán *(llama a la criada por el timbre)*. No sé si la elección será muy acertada.

Clara

¿Cómo no ha de ser, siendo tuya? *(Aparece la criada) (2.ª derecha).*

Rosalía

¿Desea algo el señorito?

Edgardo

Tráigame la cajita que hay sobre el velador de mi habitación. *(Sale 2.ª derecha).* Son rarezas, curiosidades.

ESCENA V

Dichos, Nena y Paquín.—(Foro derecha).

Paquín

¡Salve al émulo de Wagner!

NENA

¡Salve! Buenos días a todos.

EDGARDO

(Saludando a todos).

¡Qué herejía!

PAQUÍN

¿Cómo herejía? Me río yo de Wagner en esta clásica tierra de los danzones de Valenzuela, de las guarachas y puntos cubanos de Romero y Floro y de las rumbas de Pepón. Supongo que tú los compondrás mejores.

EDGARDO

Tú siempre tan bromista.

CLARA

El compondrá óperas, sinfonías, tarantelas, romanzas...

SATURNINO

Claro está; para eso ha estudiado en el Conservatorio de Berlín.

NENA

Yo quisiera que me dedicase un *one step*, o un tango argentino...

PAQUÍN

O un *turkey troy*, ahora que están de moda.

EULOGIO

Para mí la última novedad musical, es el vals "Sobre las olas".

(Entra la criada con los regalos y los coloca sobre la mesa de centro). (Sale).

CLARA

Veamos, veamos esas curiosidades.

(A Paquín y a Nena).

¿No lo sebéis? Edgardo nos ha traído de Berlín unos regalitos.

PAQUÍN

¡Ah! ¿De Berlín?

(Se acercan todos y curiosean).

EDGARDO

(Sacándolos).

Papá, una pipa.

(Se la da).

SATURNINO

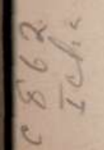
Es bien sencilla ¿Qué tiene de particular esta pipa?

EDGARDO

¡Ahí es nada! Vale más que si fuese de oro y diamantes. Esta pipa es una de las que usaba *Bethoven* en los ensayos. ¿Ven esta marca?

PAQUÍN

¿La marca de fábrica?





SATURNINO

Parece la huella de un diente.

EDGARDO

Eso es en efecto. Era mucho sin duda lo que a Bethoven mortificaban las imperfecciones e impertinencias de los ensayos.

CLARA

¿Y esta peineta?

EDGARDO

Para tí. La usó la Patti en una de las representaciones del "Barbero de Sevilla" en el gran teatro de Berlín.

CLARA

¡Ah! Tiene mucho mérito.

CELITA

¡Qué album tan lindo! ¡Qué bonito!

EDGARDO

En él están retratadas en pequeñas postales y en los trajes a "la derniere" las artistas más elegantes de Alemania.

CELITA

Delicioso, delicioso...

(Se separa con Nena hojeando el Album).

CLARA

¿Y esta violeta seca? Aún conserva su olor.

Edgardo

La corté de un ramillete que me regalaron cuando estrené en un concierto mi romanza premiada "La Flor del Camino". Le pertenece a Eva (se la da).

Eva

(Con cierta turbación)

¿A mí? ¿Usted se ha acordado de mí?

Edgardo

¿Cómo nó?

Eva

Gracias, Edgardo.

(Eva la toma, y en actitud pensativa se dirige hacia 2.ª derecha y hace mutis).

Eulogio

Bien se ve que eres artista. ¡Vaya!; yo te regalo este habano marca de la fábrica de tu papá. Como esos no se fuman en Berlín.

Celita

Vamos a la terraza; charlaremos un poco.

Paquín

¡Magnífico!

(A Edgardo).

En seguida estamos de vuelta.

Eulogio

Los acompaño, les contaré novedades.—*(Mutis foro).*

ESCENA VI

Edgardo, Clara, Saturnino.

EDGARDO

Hablé ya demasiado de mí. Cuéntenme algo de ustedes, de la casa.

SATURNINO

Ya te lo hemos ido diciendo en las cartas. Mi fábrica va cada vez mejor. Te tenemos a nuestro lado. Estamos contentos.

EDGARDO

Yo también estoy contento, muy contento con vuestra felicidad. La habéis tenido hasta en haber recogido a Eva en esta casa. Es muy buena muchacha ¿no es verdad?

CLARA

Si que lo es la pobre. Trabajadora, limpia, discreta y formal, muy formal. Antes de venir aquí ha tenido que vivir y luchar sola en el mundo sin amparo de ninguna clase, y ha mantenido su decoro de mujer.

SATURNINO

Aquí se la ha educado, se la ha instruído, y ella, que es inteligente, ha sabido aprovechar bien el tiempo. Su único defecto es el no haber conocido ni padre ni madre.

EDGARDO

Ese no es ningún defecto. ¿Qué culpa tiene ella?

SATURNINO

¡Bueno! Tendríamos mucho que discutir de eso, y del honor de esta clase de muchachas, si es que tienen honor.

EDGARDO

Sí; dejemos eso a un lado.

SATURNINO

Una familia la sacó de la casa de Beneficencia a los nueve años. A los once la dejó en la calle. Sufrió entonces miseria, hambre, desnudez. Entró en otra casa de un amigo mío, cuya mujer era una harpía. La maltrataba, la rendía de trabajo, hasta que se enfermó y tuvo que ir a un hospital.

EDGARDO

¡Qué horrible en una niña! ¿Y después?

SATURNINO

Después, al salir del hospital, a los catorce años, volvió a recorrer calles y casas, pidiendo trabajo, hasta que se presentó en mi fábrica llorando como una Magdalena.

CLARA

¡Pobrecilla!

SATURNINO

Me dió compasión. La empleé como despalilladora durante un año. Se portó bien. Tomé afecto a la muchacha y la traje aquí donde está como si fuese de la familia.

EDGARDO

¡Muy bien, papá, muy bien! Si todos hicieran lo mismo, ¡cuánta inocencia desamparada dejaría de enlodarse! ¡Cuánta alma buena y angelical de mujer dejaría de perder sus alas entre las garras del hambre y los mordiscos crueles del egoismo humano.

(Pausa).

Y cuando ella andaba sola por las calles ¿no hubo quiénes quisieran aprovecharse de su debilidad y de su belleza?

CLARA

¡Vaya si los hubo! Viejos infames e hipócritas; tenorios sin conciencia...

EDGARDO

Sí; sí; y caballeros de alto copete, ricos metalizados para quienes la honra y la virtud de una niña sin padres es un trapillo de la calle.

(Pausa).

¿Y ella?

CLARA

Ella ha sido una verdadera heroína. Ahí como la ves tan dulce, tan bondadosa, tan débil al parecer, tiene para los peligros y los trabajos una voluntad de hierro.

EDGARDO

Lo creo. Su vida es una prueba.

(Transición).

¿Y Celita? ¿Qué me dicen de Celita?

Saturnino

Lo mismo que cuando tú la dejaste. No hay quien la enmiende. La cabeza a pájaros y el corazón, creo que también a pájaros.

Clara

No piensa más que en sombreros y figurines.

Edgardo

Eso no es malo.

Saturnino

Si no fuera más que eso... Pero hay otra cosa peor. Ahora se ha encaprichado por un mocito figurín, un granuja; así, un granuja. Y no han valido ni los consejos de tu mamá, ni los míos. Estoy temiendo que el mejor día nos dé un disgusto. ¡Bueno! Es mejor no hablar de eso.

Edgardo

Ya se enmendará, papá. Lo mejor es no hacer hincapié. La oposición tenaz suele dar malos resultados.

Clara

Tienes razón, hijo.

Saturnino

Yo sé lo que me digo. ¿Me acompañas? Voy a reunirme con esos.

Edgardo

Sí; pero antes quiero desayunarme.

CLARA

¿Tan tarde? No almorzarás nada.

EDGARDO

Te equivocas, mamá. Tengo buen diente.

SATURNINO

Entonces, hasta ahora. ¿Vienes, mujer?

CLARA

Ahí tienes *La Discusión;* trae un artículo dedicado a tí; está muy cariñoso.

EDGARDO

¿De veras? *(Toma el periódico).*

CLARA

Avisaré que te traigan el café.

(Mutis Sat. Clara foro).

ESCENA VII

Edgardo, después Eva.

EDGARDO

¡Vaya! Por alabanzas no queda.

(Deja el periódico).

Nada; que hoy todo parece que me sonríe. Nunca olvidaré este hermoso día.

EVA

(Entrando foro).

Desea Ud. el desayuno ¿verdad? Así me lo ha dicho su mamá.

EDGARDO

Sí; dí a la criada que lo sirva.

EVA

Lo traeré yo.

EDGARDO

Gracias, Eva; pero, será por tu gusto ¿no?

EVA

(Con timidez).

¿Gusto? ¿Por qué no?

EDGARDO

Quiero decir, que no será costumbre que sirvas el café a los de la casa.

EVA

¿Costumbre?... Sí... Como soy la primera que se levanta aquí, y lo hice desde el primer día, por mi voluntad...

EDGARDO

Está bien. Hoy te lo permito.

EVA

Entonces, con su permiso... vuelvo ahora. (Sale 2.ª derecha).

EDGARDO

¡Encantadora muchacha! ¡Y pensar que haya mujeres de conciencia tan negra, de tan perversos sentimientos, que lleguen hasta el delito por la pasión del amor y que al ser madres arrojen el fruto bendito como cosa podrida que se lanza a una charca. ¡Oh la humanidad!

EVA

(Con servicio de café que pondrá en la mesa de centro).

Aquí está. Estos bizcochos son riquísimos. Verá cómo le gustan.

EDGARDO

Sí que me gustarán. Soy aficionado a todas estas golosinas.

EVA

Pues ya le sorprenderemos. Tengo gran habilidad en hacer dulces, y me salen bien; su mamá me ha dado fama con las yemitas dobles. ¡Cómo le gustan!

EDGARDO

Ya las probaré; serán seguramente una delicia.

EVA

No tanto...

(Tímidamente va hacia el piano, arregla las flores y hace ademán de salir).

EDGARDO

Oye, Eva.

EVA

¿Desea Ud. algo más?

Edgardo

¿A dónde ibas? ¿Huyes de mí?

Eva

¡Huir? ¡Por Dios!... Iba, como todos los días, a poner la comida a los canarios que hay en la terraza; son mis buenos amiguitos; deben de estar esperándome impacientes.

Edgardo

Que esperen hoy un poco; así te saludarán más alegremente. Amas a los pájaros, ¿no es verdad?

Eva

Amarlos es poco; los adoro.

Edgardo

Dignos son de adoración; su canto a veces nos habla de cosas ignoradas.

Eva

Yo los quiero, porque sé de sus tristezas. Como ellos soy; con ellos me siento identificada.

Edgardo

¿Por lo de la tristeza? ¿Es que sufres aquí?

Eva

¿Quién piensa en eso? Lo digo, porque me parezco a ellos. Vine solita al mundo, y mis primeros años los pasé en una jaula enorme, muy triste y muy sombría... Un día me abrieron la puerta, y por el mundo, como ellos, fuí volando

de rama en rama sin nadie a quien volver los ojos, sin encontrar un nido donde posarme. Ya usted sabrá mi triste historia.

EDGARDO

Sí, Eva. Y admiro en tí como en una santa, la grandeza de tu alma, que en la fiera lucha de la vida ha sabido mantenerse tan pura y tan hermosa. Eres buena, porque naciste buena. *(Pausa)*. ¿Por qué no te sientas?

EVA

(Indecisa).

Si Ud. lo manda...

EDGARDO

Sí; te lo mando. Comprendo que no te atrevas: pero, ¿no estás en esta casa como una hija, como si fueras mi hermana?

EVA

En efecto...

(Se sienta). (Pausa).

EDGARDO

¡Si supieras, niña, el mundo de recuerdos que traes a mi memoria!

EVA

¿Yo?... No comprendo.

EDGARDO

¡Cómo te pareces a una jovencita que conocí en Berlín!; fué mi primer amor. Era una mujer ideal.

Eva

Sería muy rica y de familia distinguida...

Edgardo

Florista...

Eva

(Sorprendida).

¿Una florista?

Edgardo

Lo extrañas. Es natural. Poco puedes conocerme... Sí, florista. La conocí en un "cabaret" donde yo acostumbraba ir.

Eva

¿Y dice que se parece a mí?

Edgardo

Sí; era sola en el mundo. Con flores se buscaba la vida la infeliz. La primera vez que se dirigió a mí para ponerme una en el ojal, temblé de emoción. Ella sonrió dulcemente... Un día,—yo iba allí casi todos los días,—un compañero quiso abusar de la pobre Lizet, y ella—aun me parece contemplarla—como herida por el rayo saltó como una fierecilla y abofeteó el rostro a aquel imbecil. Y ¡claro!; lo que tenía que suceder; el otro se revolvió otra vez con más bríos, salí yo en defensa de la muchacha, se cruzaron palabras duras, trató de ofenderla nuevamente, y entonces yo, loco, ciego ante tal cobardía, descargué sobre aquel villano tan fuerte golpe que le hice besar el suelo.

EVA

(*Muy impresionada*).

¡Qué bueno es Ud., Edgardo!

EDGARDO

Después, supe su triste historia. Muy parecida a la tuya por cierto, Eva. Como tú, no conoció padres ni hermanos; como tú vagaba por el mundo defendiéndose ella sola contra la perversidad de los hombres hambrientos de honras.

EVA

¡Qué triste es todo eso!

EDGARDO

Vino a mi estudio muchas veces a traer flores. En aquellas mañanas invernales de cielo plomizo y de tristeza infinita, era ella para mí como un rayito de sol que se colaba en mi despacho para animarlo todo...

(*A Eva que hace un movimiento*).

¡No! No pienses mal; soy incapaz de tal profanación; amo en la mujer la belleza del alma... Ella fué la inspiradora de esa romanza favorita que titulé "La Flor del Camino".

EVA

Será muy hermosa.

EDGARDO

Es lo mejor que he compuesto. El día que la oyó, tal fué su impresión que se echó a llorar

amargamente... Me dió el primer beso de amor... y no volvió más.

(Pausa).

Meses pasaron sin que mi rayito apareciera... ¿Qué? ¿Lloras?

EVA

(Queriendo ocultarlo).

No... es que me he conmovido. Todo eso es tan interesante y...

ESCENA VIII

Dichos, Nena y Celita, que aparecen riendo casi escandalosamente. Eva al sentirlas se levanta presurosa.—(Foro izquierda).

CELITA

Ja, ja, ja. Este Don Eulogio es graciosísimo...

NENA

¡Y qué botón le han dado! ja, ja, ja...!

EDGARDO

¿Qué ha sucedido; que de tan buena gana ríen ustedes? ¡Interesante será!

(Eva sale).

NENA

¡Divino! Son cosas que debieran publicarse.

CELITA

Figúrate que a Don Eulogio—ya conoces que

es muy atrevido—se le antojó piropear a una muchacha.

NENA

Muy guapa por cierto.

CELITA

Y dice Don Eulogio: Niña; no sabe usted las locuras que haría yo por ese lunar que lleva usted en la barbilla...

NENA

A lo que ella contestó guasona: pues se ha equivocado usted, porque es postizo.

CELITA

Y entonces Don Eulogio agregó: y quién dice por el lunar, por toda su personita.

NENA

Pues llegó usted tarde, dijo la niña; que ya tengo dueño desde ayer por la mañana... Ja, ja...

EDGARDO

Efectivamente, tiene gracia. Ya hay tema para que rían ustedes todo el día. Buen provechito.

CELITA

¡Ah! Esta noche iremos al teatro; ¿quieres? Vamos a ver cómo se porta el hermanito.

EDGARDO

Me parece muy bien. ¿Y a dónde vamos? ¿A la ópera?

CELITA

No; al cine. A mí me encanta el cine; ¡es tan interesante!

NENA

Verdad es que en la ópera luce una más; pero el cine tiene tantos atractivos...

EDGARDO

Sí; comprendo. Bien; las llevaré. ¿Irá usted, Nena?

NENA

¡Cómo *no*! Y gracias. Si no se pone usted bravo, vendrá también mi novio al palco.

EDGARDO

¡Ah! ¡Ya tienes novio! Que venga, que venga. Invitaremos también a Paquín, y a Eva.

NENA

(Sorprendida).

¿A Eva?

CELITA

No irá. Estate tranquila.

EDGARDO

¿Que no irá? ¿Y por qué?

CELITA

¡Edgardo! ¿Pero estás ciego? ¿Cómo vas a pretender sentar a mi lado, a nuestro lado en el teatro a una...

EDGARDO

¡Celita! ¡Hermana! Calla, por favor. Eva es tan digna de ir contigo a todas partes como todas tus amiguitas.

CELITA

¡Eso no! Bastante que tolero aquí, en mi casa, y no creas que por mi gusto, no, sino por imposición de papá; pero ante la sociedad y mis amistades... ¡Vamos!, Edgardo, que en Berlín parece que te han trastornado la cabeza.

EDGARDO

¡Muy bien! Hoy no quiero discutir. Es un día en que no estoy para saborear amarguras. Pero... no iremos al teatro.

CELITA

Como quieras.

EDGARDO

No sé por qué tiemblo. *(Mutis 1.ª derecha).*

ESCENA IX

Celita y Nena.

NENA

Parece que no le ha hecho gracia tu argumentación.

CELITA

Me tiene sin cuidado. Lo que me interesa es lo otro; dámela ahora que no nos ven.

NENA

¡Ah! Ya lo había odvidado. No sabes qué asus-

tada estoy. Créemelo; cuando te traigo una carta de Ricardo, me parece que tu padre va a descubrirme *(le entrega la carta)*. Toma; me la dió anoche al pasar por casa. Ten cuidado, Celita. ¡Si te la viera...!

CELITA

No temas. Después que las leo y las beso cien veces, las arrojo al fuego.

NENA

No sé cómo te atreves a estas cosas con el carácter de tu padre y lo opuesto que está a tus amores con Ricardo.

Aquel día que supo que había hablado contigo, le faltó poco para pegarte.

CELITA

Pero le pasó pronto la racha. Cien rabietas como aquella no harán que yo cambie de parecer. Le quiero y con eso basta. ¿No dicen que el cariño es capaz de todo?

NENA

Y... ¿estás segura del cariño de él?

CELITA

Con que yo lo quiera...

NENA

¡Vienen! Guarda la carta, por Dios, que no te la vean; estoy temblando.

CELITA

¡Qué tonta eres!

(Se la guarda en el seno).

Ya está segura; este es el mejor *secreteur* de una novia. Aquí no anda nadie.

NENA

No sé por qué me figuro que en Edgardo vas a encontrar un obstáculo mayor que el de tu padre.

CELITA

¿En Edgardo? ¡Vamos!, niña; trabajito le doy.

ESCENA X

Dichos y Paquín.—(Foro).

PAQUÍN

Creía que estaban ustedes tocando el piano; pero por lo visto se entretenían ustedes en criticar. Así me habrán puesto.

CELITA

Lo menos que estábamos diciendo es que eres muy tímido.

PAQUÍN

¿Tímido yo? ¡Bah! Pregúntaselo a la Nena.

NENA

¡Paquín!

PAQUÍN

Sí, hija. Ella dirá si este *buche*, como me llama Don Eulogio, tiene o no cartel entre las niñas.

(Transición).

¿Por fin van al cine? ¿Conquistaron a Edgardo?

CELITA

Creo que no iremos.

PAQUÍN

¿Y tú, por qué no fuiste ayer al baile de las de Pulido?

CELITA

No pude; como vino Edgardo...

NENA

¡Cuánto nos divertimos!

PAQUÍN

¡Uf! ¡Mucho! Bailamos danzón *verdad.* La fiesta quedó superior; algo cursi, eso sí; pero, ¡qué se yo!; esas muchachas tienen un no se qué..., se prestan; se pasa el rato.

NENA

Son muy simpáticas.

PAQUÍN

¡Ah! Tocó Torroella, que le da pero que muy dulce al danzón.

NENA

Y se bailó el *torquey troy.* Si hubieras visto a Paquín dando saltos con Cuquita, te hubieras muerto de risa.

PAQUÍN

Como que vino el viejo con una cara de todos

los diablos y me dijo que moderara los salticos. La muchacha por poco se desmaya.

CELITA

Hazte el bobo, que a tí bien que te gusta Cuquita, y ella bien que hace el ridículo por tí.

PAQUÍN

¡Qué quieres! No hay una que resista a mis miradas. Tengo un no se qué, que en cuanto les disparo un guiño; ¡bueno! *¡Tableau!*

CELITA

¡Ay, hijo! ¿Y se puede saber el arte de esos guiños? Me convendría aprenderlos.

PAQUÍN

¡No! Porque en la primer lección ibas a ser otra víctima mía.

CELITA

¡Ja, ja; vaya con el tenorio!

ESCENA XI

Dichos, Clara, Don Eulogio, Don Saturnino y Edgardo.

EULOGIO

¡Paquín! ¡Que son las doce!

PAQUÍN

Llegaremos a los postres.

Saturnino

¿Por qué no se quedan Uds. a almorzar con nosotros?

Edgardo

Yo tendría en ello sumo gusto.

Celita

Quédense Uds.

Eulogio

No; imposible. Será otro día. Estamos invitados Paquín y yo con unas féminas ¿eh?

Paquín

Si chico; cosa exquisita.

Celita

Cuidado Don Eulogio, no le vayan a salir como la del lunar.

Eulogio

¡Bien! Hasta otro día ¿eh? Adiós, Celita; lindísima.

Celita

(A Nena).

¿Tú te marchas también?

Nena

Sí; ahí me aguarda la criada.

Paquín

Edgardo. Nos veremos esta noche.

EDGARDO

Con mucho gusto. Y recuerdos a los tuyos.

NENA

Adiós, Edgardo. Mañana vendré para que me toque Ud. algo. Aunque sea un danzoncito.

EDGARDO

Lo que tú quieras.

(Salen todos). Sat. foro. Clara 2.ª izq. Cel. y Edg. 2.ª dcha.

ESCENA XII

Un momento la escena sola.

(Eva que aparece con tarjetas y cartas, después Don Saturnino. Se dirige hacia el retrato de Edgardo y queda contemplándolo un momento con expresión amorosa. Toca y huele las flores del jarrón. Toma el retrato entre sus manos y dice:)

EVA

¡Qué bueno es! ¡Cuán diferente de su padre!

(Va a salir y se encuentra con Don Saturnino que entra).

¡Ah!

SATURNINO

(Interponiéndose).

No; no te vayas. ¿Te empeñas en huir de mí? De veras que eres testaruda.

EVA

(Bajando al proscenio).

¡Por Dios, Don Saturnino! Déjeme tranquila.

SATURNINO

¡Dejarte!... Un año en la fábrica. Cinco años aquí, a mi lado. Cada vez más linda, cada vez más sabrosa. Seis años con deseos inútiles de acariciarte, de besarte, de morderte...

(Eva hace un gesto de horror).

sí de morderte. El cariño también muerde. Seis años de quererte.... a mi modo, para mi cuerpo, para mis manos... ¡Y dices que te deje tranquila!

EVA

¡Por su hijo! ¡Por la honra de su esposa!

SATURNINO

¿Qué hablas tú de honra? ¿Acaso la has conocido?

EVA

(Con repentina indignación).

Mejor, mucho mejor que Ud. Si no la conociera, no me vería obligada en este momento a revolverme contra Ud. como contra un enemigo; a huir de Ud. como se huye de quien nos amenaza, de quien nos quiere robar.

SATURNINO

Lo de siempre. Pamplinas, nada más que pamplinas.

EVA

(Suplicando).

Deje esa locura. Yo no valgo nada. Téngame compasión. Ud. me recogió...

SATURNINO

Yo te recogí ¿y tú me lo agradeces así? Yo te recogí para que fueses mía. Y has de ser mía.

EVA

(Altiva e imponente).

¡Eso no!

SATURNINO

Mía... de cualquier modo.

EVA

¡Nunca!

SATURNINO

¡Mía, pese a quien pese...

EVA

¡Jamás!

SATURNINO

Lo veremos, lo veremos.

(Mutis foro izquierda. Eva lo mira en actitud valiente y serena).

EVA

¡Cuándo terminará esta lucha! ¡Tendré fuerzas suficientes! ¡Madre mía! No; madre no, que

no fué madre la que me arrojó al mundo; ¡Vírgen mía, ampárame!

(Se dirige hacia el retrato de Edgardo y queda contemplándolo).

Mi consuelo, mi único consuelo.

EDGARDO

(Se adelanta a espaldas de Eva y al llegar a ella le dice casi al oído. 2.ª derecha).

"Sola con su aroma está
como la flor del camino",
sin saber de dónde vino,
ni quién la recogerá...

EVA

(Volviéndose).

¡Qué versos tan lindos y tan tristes!

EDGARDO

Son los de aquella romanza mía "La Flor del Camino".

EVA

Si parecen míos. Repítalos, Edgardo. Quiero aprenderlos.

EDGARDO

"Sola con su aroma está
como la flor del camino,
sin saber de dónde vino,
ni quién la recogerá!

(Pausa).

Tú también eres una flor. Tú también tienes aroma. ¿Sabes acaso quién te recogerá?

EVA

Ya me recogieron en esta casa.

EDGARDO

¿Recogieron también tu alma? ¿Recogieron tu aroma? ¿Recogieron tu amor?

(Pausa).

EVA

¿A quién puede importale mi aroma, mi amor? ¿A quién puede importarle el aroma de la flor del camino? Se pierde en el aire, entre el ruido de los caminantes, entre el polvo de la carretera... Si algún transeunte se acerca a la flor y la huele, es de paso, nada más que de paso.

EDGARDO

Y si algún peregrino soñador, enamorado de las bellezas escondidas y humildes, de las pasionarias tristes y abnegadas, se encuentra con la flor del camino, y queda contemplándola, fijo, absorto, como si también hubiera echado raíces entre el polvo de la carretera, entre el ruido de los transeuntes?

EVA

¿Quién es? ¿Quién puede ser ese peregrino?

EDGARDO

Tú lo sabes. Es aquel artista, que estuvo durante cinco años (los mismos que tú has vivido

en mi casa) fuera de su hogar y de su patria, para que al volver, se encontrase contigo. Es aquel artista que te conoció antes de haberte visto, que te amó antes de conocerte, en la florista Lizet, tu imagen, el ensueño de su más hermoso ideal. Es aquel artista que te cantó en la romanza "Sola con su aroma está". Tú le esperaste también sin saberlo, durante cinco años. Yo, yo soy el que vengo a recogerte. *(Pausa).* ¿Te callas? ¿Habré llegado tarde?

Eva

¡Edgardo!

(Con ansiedad).

Habla. Tus ojos me están diciendo que me quieres; pero esa tristeza... esa angustia...

(Eva quiere reprimir sus sollozos).

Edgardo

Habla, mi hermosa y triste flor, regada con el rocío de tu llanto. Habla sin recelo, que la duda es peor, mucho peor que la verdad. ¿He llegado tarde?

Eva

Es que Ud. no puede posarse a mi lado.

Edgardo

¿Por qué? ¿Ya se ha posado algún otro?

Eva

Yo también, aunque tan pobre, tan poca cosa, tengo derecho a amar.

EDGARDO

¿Cómo no?

EVA

Y amo, con un amor que llena todos mis sentidos...

EDGARDO

Como el mío.

EVA

Con un amor que absorbe toda mi alma.

EDGARDO

Como el mío.

EVA

Con un amor que está vedado para Ud., y que Ud. debe siempre respetar. *(Pausa).*

EDGARDO

(Aplanado).

¡He llegado tarde! Sin embargo, no sé por qué hay aquí algo que se revela contra esa idea. No sé por qué, sigo creyendo que la soñada flor del camino me pertenece.

EVA

¡Sueños, Edgardo, sueños!

EDGARDO

¿Y por qué ha de permitir Dios que soñemos con lo que no podemos realizar? ¡He llegado tarde!

(Mutis Edgardo que sale acongojado). 1.ª derecha).

ESCENA XIII

Eva, después Don Saturnino

(Eva apoya la cabeza sobre la mesa y solloza un instante. Después toma el retrato de Edgardo).

Eva

¡Qué hermoso y qué noble! Así me lo imaginaba yo cuando miraba su retrato, cuando me contaban sus triunfos, cuando me leían sus cartas; aquellas cartas, en que él dejaba caer toda la delicadeza, toda la grandeza de su alma. El fué desde entonces mi sueño, y ahora que se podría realizar... ¡Por qué habré nacido así!

(Mira de nuevo el retrato).

Parece que me repite su canción...
"Sola con su aroma está"...

(Besa fuerte y largamente el retrato).

ESCENA XIV

Eva, Don Saturnino.—(1.ª derecha).

Saturnino

(Riendo sarcásticamente).

Ja, ja, ja...

Eva

(Sobresaltada y dejando el retrato sobre la mesa).

¡Dios mío!

SATURNINO

Sigue, sigue besándolo... Ese es más joven que yo, más guapo que yo. Bésalo fuerte, con toda la boca. Si no lo extraño. Si ya me lo suponía.

EVA

¿Qué es lo que suponía Ud.?

SATURNINO

Que tu virtud era una mentira, tu recato una paparrucha. Entró ayer mi hijo en esta casa, y ya estás entregado a él en cuerpo y en alma. ¿Ves cómo no puedes responderme? Si tenía que ser así. Si tú has nacido para eso. Si tú has nacido para...

EVA

(Adelantándose imponente).

¿Para qué? Para confundir su pasión brutal con mi inocencia y mi virtud, para contener el abuso de la fuerza de sus brazos, con la fuerza de mi voluntad; para marcarle la cara, ya que no puedo con mis manos, con el hierro y el fuego de mis palabras.

SATURNINO

(Aprovecha la aproximación de Eva para lanzarse sobre ella).

¡Así!

EVA

¡Suelte!, ¡canalla, miserable!

SATURNINO

No. Yo también sé besar.

(Tratando de baserla).

Yo también...

EVA

¡Déjeme!

SATURNINO

¡Calla!

EVA

No callaré; suelte, suelte. ¡Aquí! ¡Aquí!

(Gritando).

ESCENA ULTIMA

Dichos Clara, Celita.—(2.ª izquierda).

(Don Saturnino suelta a Eva, la cual baja la cabeza como avergonzada).

CLARA

¿Qué es eso?

CELITA

¿Qué pasa?

SATURNINO

(Vacilante).

Nada, no es nada...

CLARA

Eva, ¿qué ha pasado aquí?

EVA

No tiene importancia... Su esposo tiene el genio algo violento.

SATURNINO

(Como quien repentinamente encuentra una salida).

¿Violento? Demasiado blando, demasiado benigno, querrás decir. Asómbrate, Clara; nuestro hijo llegó ayer, y ya la virtuosa, la santa, la heroína puso sus ojos en él.

CLARA

¿Qué dices?

CELITA

¡Mírenla...!

SATURNINO

Sí; la he sorprendido besando su retrato...

EVA

¡Don Saturnino!

SATURNINO

¡Dime que no; anda; dime que no!

CLARA

¿Es eso verdad?

EVA

(Después de dudar un momento).

Sí... ¡Es verdad!

(Don Saturnino y Celita sonríen sarcásticamente).

Cae el telón lentamente

SEGUNDO ACTO

ESCENA PRIMERA

La misma decoración del acto primero.

(Es de mañana. Al levantarse el telón, aparece Clara sentada y Don Saturnino paseando. Ambos están disgustados).

CLARA

No te intranquilices tanto. No lleves las cosas tan lejos. Ya todo se averiguará y la verdad se abrirá paso.

SATURNINO

Sí; pero mientras se abre paso la verdad, cuantas mentiras no se tejerán al rededor de este asunto. Cuántas historias, algunas indignas, no se propalarán por reuniones y cafés. Te digo que esto es bochornoso, muy bochornoso; nuestro nombre danzando en boca de la gente.

CLARA

Sí; tienes razón. ¿Pero qué historia indigna puede nadie inventar? ¿Acaso tus enemigos?

SATURNINO

En estos casos, todos son enemigos.

CLARA

¿Y para qué está la justicia? Ella hará que todo se esclarezca, y entonces, si versiones hubo, desaparecerán con la misma facilidad que se inventaron. Además, ¿es la primera vez que un ladrón se introduce en una casa a altas horas de la noche?

SATURNINO

Pero ¿es que sigues creyendo que ha sido un ladrón?

CLARA

¿Y qué voy a pensar, Saturnino?

SATURNINO

¡Qué se yo! ¡A mí se me ocurre todo menos eso!

CLARA

¿También tramas tú alguna historia?

SATURNINO

Es que yo veo más allá de lo que tú puedes ver. Es que temo cosas que tú eres incapaz de concebir.

CLARA

¡Por Dios, Saturnino! ¡Que me asustas! A mí a la verdad, no me parece sino lo que salta a la vista, lo que hemos pensado todos desde el primer momento; que un hombre, con intención de robar, se introdujo en nuestra casa; que sus planes fueron frustrados; que trató de huir, que al huir se encontró con un vigilante que acechaba sus movimientos, y que disparó sobre él y huyó

dejándolo mal herido. Eso es todo. ¿A qué pensar más allá?

Saturnino

Pues yo sí, Clara. Yo veo venir cosas que habrán de estremecer nuestro hogar. Créeme; no las tengo todas conmigo. No me sujeto a una idea fija, no; no culpo a nadie; pero en mi cabeza se agitan pensamientos muy malos que me tienen en continuo sobresalto. Y si no, al tiempo. Sé que ha de venir un agente de la secreta de un momento a otro...

Clara

Eso debe alegrarte. El podrá quizás encontrar más fácilmente que nosotros la clave del misterio.

Saturnino

Eso es precisamente lo que temo.

Clara

Es que te empeñas en ver visiones.

Saturnino

Ojalá fueran visiones. Mira; a propósito de lo lo de la secreta. Sería conveniente preparar... Llama a la criada.

Clara

Sabe lo mismo que todos los de la casa.

Saturnino

Llámala.

CLARA

¡Rosalía! ¡Rosalía!... Ya viene.

SATURNINO

Hay que tener mucho cuidado con estas estúpidas, que muchas veces hablan más de la cuenta.

ESCENA II

Dichos y Rosalía (azorada).—(2.ª derecha).

ROSALÍA

¿Qué desea la señora?

CLARA

Mi marido quiere hablarte. Ha de hacerte algunas preguntas sobre lo de anoche.

ROSALÍA

Pero... si ya he dicho cuanto sé... yo no he visto nada... no he oído nada...

SATURNINO

¿No oiste el tiro?

ROSALÍA

¿El tiro? Sí; creo que lo oí... Y buen susto que me llevé, señor... Si no acerté ni a ponerme la ropa; tal fué mi confusión.

SATURNINO

Sí; ya sé que saliste como en los casos de fuego.

ROSALÍA

Pero no me vió nadie; esa fué la suerte, señor...

CLARA

Y ¿estabas despierta a esa hora?

ROSALÍA

¿A qué hora?

SATURNINO

¡A cuál va a ser!

ROSALÍA

Es que no se qué hora era.

SATURNINO

¡No me impacientes! Cuando sonó la detonación.

ROSALÍA

¡Ah! Muy dormida que estaba.

SATURNINO

¿Y te despertaste con el ruido?

ROSALÍA

Si señor. Y salí corriendo como una loca... ¡Ay qué malo que es el miedo! Si creí que me perseguían!

Clara

¿Y después?

Rosalía

Fué cuando me dí cuenta de... de aquello... y corrí hacia mi cuarto de nuevo.

Saturnino

¿Y no sabes algo más?

Rosalía

Yo no; no sé nada.

Saturnino

No tengas miedo. Habla lo que sepas. Es necesario.

Rosalía

Después, ya Ud. sabe. Un silencio muy grande, y unos quejidos... ¡Ay, señor, qué miedo! ¡Si me parece que me persiguen!

Saturnino

Déjate de miedos ahora.

Clara

Serénate, muchacha.

Rosalía

Si no puedo, señora; estoy muy nerviosa...

Saturnino

¿Y quién llamó al jardinero? ¿Fuiste tú?

Rosalía

No... no señor. Me lo encontré al salir la segunda vez de mi cuarto. Con él fuí hacia la portada del jardín... Y ¡ay! Allí fué cuando tropezamos con el cuerpo del pobre guardia... Pero yo no lo ví... salí corriendo otra vez.

Saturnino

¿No sabes más?

Rosalía

Si no sé nada, señor. Sólo sé que tengo mucho miedo, que me tiemblan las piernas...

Saturnino

¡Bien! Será preciso advertírtelo. De un momento a otro llegará la justicia.

Rosalía

¡Ay, madre mía! ¿Y me prenderán?

Saturnino

No tengas cuidado. Te tomarán declaración, seguramente. Así, que, mucho ojo con hablar más de la cuenta. Una frase mal dicha, una declaración falsa, cualquier cosa, en fin, pudiera enredarlo todo.

Clara

Con que digas lo mismo que ahora, ya estás lista.

Rosalía

Pero, ¡señora! ¡Ay, madrecita mía! Yo en líos

de la justicia! Sí; ya verá Ud. como no acierto a decir ni palabra, y me prenderán como al jardinero. Yo quiero irme de aquí, señora...

SATURNINO

¿Estás loca? Márchate a tus quehaceres.

ROSALÍA

¡Ay! ¡Qué miedo que me dá todo esto!

(Mutis).

ESCENA III

Dichos, menos Rosalía; después Celita.

CLARA

Ya lo has oído. Lo mismo que nos contó después del suceso. ¿Qué indicio hay, que pueda dar motivo para inventar una novela?

SATURNINO

Muchos, Clara.

CLARA

Pero vamos a ver; dime; ¿qué supones? ¿Acaso piensas que ese hombre pueda haber venido por una mujer? Puedes tú dudar de nadie en tu casa? ¿Puedo yo hacerte concebir...?

SATURNINO

¡No! ¡No, Clara; no tanto!

Clara

Calla, que viene nuestra hija.

Celita

(Entrando con un rosario en la mano. 1.ª izquierda).

¿Cómo estás, mamá?

(La besa).

Clara

Bien, hija. Y tú, pobrecita, ¿cómo te encuentras? ¿Ya se tranquilizaron tus nervios?

Celita

Un poco nada más. Estoy muy intranquila. No he cesado de llorar en toda la noche, y de elevar al Señor mis oraciones.

Clara

¡Pobrecita mía! ¡Si estás helada! Tienes las manos como la nieve... ¿Te sientes mal?

Celita

No. Poca cosa. Es que todo esto me ha impresionado mucho. Estoy como anonadada. Tengo miedo, mamá...

Clara

¿Miedo a qué? No seas tonta; ya pasó todo. ¿Quieres un poco de tila?

Saturnino

No le des más tila a la muchacha. Vas a en-

fermarla de veras. Que se recoja y descanse, que es lo que le hace falta.

CELITA

Si no puedo dormir, papá...

CLARA

Estás muy impresionada.

CELITA

¡Pensar que hemos tenido en nuestra casa un ladrón! ¡Nada menos que un ladrón! ¡Qué lástima que no lo hubieran detenido! En la cárcel debiera estar... Y... ¿no sabes, papá, cómo sigue el vigilante? ¿está grave de verdad? ¿de muerte?

SATURNINO

Grave se lo llevaron. No sé cómo habrá seguido. Lo sabremos cuando venga la secreta.

CELITA

¿Va a venir la secreta?

SATURNINO

El caso no es para menos.

CELITA

¡Ay Dios! En casa la justicia! ¡Oye mis ruegos, Señor!

(Pasa el rosario por las manos).

CLARA

Sí; hija mía, reza; que Dios oirá tus oraciones...

ESCENA IV

Dichos Edgardo, después Rosalía.

EDGARDO

¡Qué! ¿Ya están los ánimos más tranquilos?

SATURNINO

Aun no, hijo mío.

CLARA

¿No has descansado?

EDGARDO

Sí, mamá. Estas cosas de ladrones me preocupan poco. Están a la orden del día en todas partes.

CLARA

Parece que esperaba tu llegada para darnos ese disgusto en medio de la inmensa alegría de tu regreso.

EDGARDO

No todo en la vida han de ser alegrías. Tenemos que balancear. Pero no hay por qué apurarse. Es verdad que ese infeliz ha salido mal herido; eso, desde luego, es bien triste; pero son consecuencias lógicas de estos casos. Fuera de eso; muy lamentable por cierto, todo volverá a su puesto. Los periódicos hablarán del suceso; aparecerá o no aparecerá el ladrón, que es la más probable; y asunto terminado.

ROSALÍA

(Entrando).

Señor... señora... señorito... Que está ahí un caballero, que parece de la justicia.

CELITA

¡Cielos!

SATURNINO

Dile que pase.

(Sale Rosalía).

EDGARDO

¡Vaya! Declaraciones tenemos. Esta es la parte más enojosa del caso.

SATURNINO

Dices bien; la más enojosa.

CLARA

Pero de ella saldrá seguramente la tranquilidad de todos.

ESCENA V

Dichos. Agente de la Secreta.—(Foro derecha).

AGENTE

¿Se puede?

SATURNINO

Sí, señor. Pase, pase Ud.

Agente

¿Tengo el gusto de hablar con el Sr. Saturnino Menéndez?

Saturnino

El mismo. Tome Ud. asiento.

(Se sienta).

Celita

¿Molestamos?

Agente

Por ahora no. Un momento. Vengo de parte del Juez, quien me encarga, que les anuncie su visita para dentro de dos horas próximamente. Las instrucciones que traigo, de poca importancia, las llevaré a cabo, si es que Uds. me lo permiten.

Saturnino

Con mucho gusto; estamos a su disposición.

Agente

¡Bien! En el tiempo transcurrido desde que ocurrió el suceso hasta ahora ¿han podido ustedes averiguar algo?

Saturnino

No señor; nada de particular. ¿Sabes tú algo, Celita? ¿Tú, Edgardo?

Clara

Lo que ya se sabe. Que un ladrón se introdujo en casa.

AGENTE

¡Bien! ¿Han notado Uds. la desaparición de joyas, dinero, objetos de valor...?

SATURNINO

No; nada falta.

(A Edgardo).

¿Has notado tú en tu equipaje...?

EDGARDO

Cerrado está aun casi todo. El baúl donde traigo prendas y dinero, está intacto; lo revisé cuidadosamente esta mañana.

AGENTE

¡Bien! ¡Muy bien! Ahora, desearía hablar a solas con el Sr. Menéndez.

SATURNINO

Celia...

(Llamándole la atención. Se levantan).

CELITA

Voy.

EDGARDO

Dispense Ud. que le haga una pregunta. Es que me intereso por ese desgraciado. ¿Cómo sigue el herido? ¿Ha mejorado?

AGENTE

¡Ha muerto!

CELITA

¿Muerto?

AGENTE

Ha declarado antes; confusamente, pero ha declarado.

(Saturnino hace una señal. Salen todos).

ESCENA VI

Don Saturnino y Agente.

SATURNINO

Usted dirá.

AGENTE

Señor Menéndez, lamento profundamente tener que hacer a Ud. ciertas manifestaciones.

SATURNINO

¿Qué pasa? ¿Algo grave? ¿Qué ha declarado el herido?

AGENTE

Todo vendrá por su paso. Señor Menéndez, ahora no habla la justicia; habla un caballero, un amigo, en quien puede Ud. tener absoluta confianza.

SATURNINO

Siga Ud.

AGENTE

¿Está Ud. seguro de que ese hombre entró aquí por el robo? ¿No tiene Ud. ningún indicio que le haga sospechar más allá?

SATURNINO

A la verdad... no tengo indicio alguno. Nada encuentro que pueda darme una idea contraria.

AGENTE

¿Qué personas duermen en su casa?

SATURNINO

Fuera de mi mujer y yo, mis dos hijos, que estaban presentes cuando Ud. llegó.

AGENTE

¿Nada más?

SATURNINO

Sí; Eva, una muchacha que hace cinco años tenemos recogida, y es casi como de la familia.

AGENTE

¡Bien! Adelante.

SATURNINO

El jardinero y la criada y nadie más.

AGENTE

¿Quiénes duermen en las habitaciones altas; las que dan al lado izquierdo del jardín, con balcones?

SATURNINO

¿Usted las conoce?

AGENTE

He estado antes haciendo un recorrido por fuera.

SATURNINO

En la primera duerme mi hija; la segunda es su gabinete de estudio, allí no duerme nadie; en la tercera duerme Eva, esa muchacha de quien le hablé antes.

AGENTE

Pues, Sr. Menéndez; procure tener Ud. la mayor fuerza de voluntad posible. El asunto, es grave, muy grave. Ese hombre, ha entrado aquí por una mujer.

SATURNINO

¿Por una mujer? ¡Me deja Ud. perplejo! Y ¿quién, quién puede ser esa mujer? Una de las tres; no hay otras en la casa. Pero ¿cómo puede Ud. suponer, cómo puede Ud. pensar, cómo se atreve Ud. a...?

AGENTE

Un momento, Sr. Menéndez. Antes que nada, le aconsejé gran fuerza de voluntad; ahora le suplico serenidad, mucha serenidad, pues si no, todo puede venirse abajo. Comprendo perfectamente que su situación es muy violenta, pero...

SATURNINO

Siga, siga Ud.; quiero saberlo todo; es necesario que lo sepa todo.

AGENTE

El vigilante pudo hacer breves declaraciones antes de morir. De ellas se desprende lo siguiente: que ese señor, cuyo nombre se ignora, vestido de negro, con sombrero de paño—estas

son todas las generales que tenemos—no es la primer vez que escala el balcón de las habitaciones altas de su casa.

SATURNINO

¿Qué me dice Ud?

AGENTE

Ese vigilante le vió de lejos noches pasadas. Ayer, al pasar como de costumbre, vió abrirse una de las habitaciones altas que dan al lado izquierdo del jardín...

SATURNINO

¿Cuál, cuál de ellas?

AGENTE

No lo dijo. De una de ellas: al verlo descolgarse, aguardó su salida en la puerta de la verja, se lanzó sobre él y lo demás, ya Ud. lo sabe.

SATURNINO

¡Jesús!

AGENTE

Después de hacer estas breves manifestaciones, perdió el conocimiento, y murió.

SATURNINO

¡Ah! Entonces es Eva, sí, sin duda alguna, la que recibía ese hombre. De mi hija sería una locura dudar...

AGENTE

Eso creo yo...

SATURNINO

¡Eva! Sí, ella... ¡Maldita! ¡Y que por su culpa pueda andar la honra de mi hija danzando entre malas lenguas. Yo tengo que aclararlo todo; pero pronto!

AGENTE

No, señor Menéndez; deje Ud. hacer a la justicia. Mucha serenidad, mucha serenidad ante todo.

SATURNINO

Tiene Ud. razón.

AGENTE

Tenga Ud. la bondad de llamar a su hija...

SATURNINO

¡Pero...!

AGENTE

Es necesario tomarle declaración... No tenga Ud. cuidado.

SATURNINO

(Desde 1.ª izquierda).

¡Celita! ¡Ven acá un momento!

(Clara desde adentro: "¡Ahora vá!")

Créame Ud. que estoy como si me hubiesen abofeteado el rostro.

AGENTE

No olvide Ud. mi consejo. Calma, mucha calma.

SATURNINO

Es que a veces es imposible la calma, señor mío. ¡Ah, ingrata!

ESCENA VII

Dichos y Celita.

CELITA

¿Qué, papá? ¿Me llamabas?

SATURNINO

Siéntate. El señor desea interrogarte. Está muy nerviosa; calcule Ud... la noche que ha pasado...

AGENTE

No es para menos. ¡Bien!

(Pausa).

¿Podría Ud. contestarme algunas preguntas, señorita?

CELITA

Sí, señor.

AGENTE

¡Bien! ¿Cómo se dió Ud. cuenta de lo que pasó anoche? ¿Estaba Ud. dormida?

CELITA

Sí, señor; cuando oí el tiro me asusté mucho y grité.

SATURNINO

La encontramos desmayada.

AGENTE

¡Ah! ¿Se desmayó Ud.?

CELITA

(Intranquila).

Soy propensa a los desmayos. ¡Me asusté tanto!

AGENTE

¿En cuál de las dos habitaciones duerme Ud.?

CELITA

En la primera.

AGENTE

¿Duerme Ud. con la ventana abierta o cerrada?

CELITA

Cerrada.

AGENTE

Y... ¿no sabe Ud. si en la casa puede haber otra persona complicada en este asunto, que estuviese de acuerdo con el salteador?

CELITA

¿Qué dice? Yo... ¡yo qué he de saber!

AGENTE

¿Y su amiga?

CELITA

(Alarmada).

¿Qué amiga?

SATURNINO

¿Quién ha de ser?... Eva.

Celita

¡Ah! ¿Eva?... No, no sé...

Agente

¿Quién fué la primera de las dos que salió de la habitación?

Celita

Eva. Ella corrió a mi cuarto, y después, fué a avisar a mamá.

Agente

¿Qué ropa llevaba?

Celita

Una bata.

Agente

¡Bien! ¿Y no sabe Ud. más? ¿No puede usted darme algún otro indicio? ¿No se ha fijado usted en nada anormal?

Celita

(Como iluminada).

¡Sí! Pero... creo que no tiene importancia; no es un indicio.

Agente

Diga Ud.

Celita

Esta mañana, al ir al cuarto de Eva, noté que debajo de la cama había una cuerda.

Saturnino

¿Una cuerda? ¡Ella! ¡La hipócrita!

Agente

¡Caramba! ¿Y dice Ud. que eso es de poca importancia? ¡Bien! Sr. Menéndez, llame Ud. a esa muchacha. Avise a su esposa;... también a su hijo.

Saturnino

Voy.

(Mutis).

(El Agente escudriña con la mirada a Celita la cual no puede disimular su turbación). (Pausa).

ESCENA VIII

Agente, Celita, Eva, Don Saturnino.—(2.ª derecha).

Saturnino

(A Eva que entra).

¡Eva! ¡Eva! Ven; la justicia desea interrogarte, porque...

Agente

(A Saturnino).

¡Por favor!

(A Eva).

Dígame Ud., señorita; cuando oyó Ud. la detonación ¿estaba Ud. levantada?

Eva

No, señor. Hacía una hora próximamente que me había dormido.

AGENTE

Se durmió Ud. muy tarde. A las dos.

EVA

Sí, señor.

AGENTE

¿A qué hora se acostó Ud.?

EVA

A las once.

AGENTE

¿Lee Ud. de noche?

EVA

No, señor. Me es penoso decirlo;... pero ya que Ud. me obliga... Estuve dos horas en la tarea de recoger toda mi ropa y guardarla cuidadosamente.

AGENTE

¿Con qué objeto?

EVA

Pensaba marcharme hoy de esta casa.

SATURNINO

¿Marcharte? ¿Qué dices? ¿A seguir a tu amante sin duda?

EVA

¿Qué es lo que oigo? ¿Está Ud. loco?

AGENTE

Le suplico silencio, señor Menéndez.

(A Eva).

Continúe Ud.

EVA

Había hecho la firme resolución de marcharme hoy.

AGENTE

¿Por qué motivo?

EVA

Don Saturnino y su esposa podrán decírselo a Ud. mejor que yo. Una escena violenta de familia...

AGENTE

¡Bien! ¿Y lo recogió Ud. todo?

EVA

Sí, señor.

AGENTE

¿No se le olvidó nada?

EVA

No, señor. Es tan poco lo que tengo.

AGENTE

Y esa cuerda que guarda Ud. bajo la cama ¿es para atar su equipaje?

EVA

No tengo ninguna cuerda, señor.

AGENTE

¿Está Ud. segura?

EVA

Tan segura como que es de día.

AGENTE

Vaya Ud. a su habitación y mire; si hay algo, tráigalo Ud...

(Eva sale). (El Detective queda observando a Celita).

ESCENA IX

CELITA

¿Usted cree que al fin llegará a descubrirse la verdad? ¿Será culpable esa muchacha?

(Con piedad hipócrita).

¡Pobrecita!

AGENTE

(A Eva que entra con la cuerda como quien no se explica lo que sucede). (Entran Clara y Edgardo).

¿Encontró Ud. la cuerda?

EVA

(Confusa).

Sí; aquí está.

(Se la da).

AGENTE

¿Y cómo explica Ud. esto?

(Pausa breve).

¿Para qué le servía esta cuerda?

EDGARDO

Habla, por Dios, Eva.

AGENTE

¿Por qué la escondió Ud. debajo de la cama?

EVA

No sé nada... no me lo explico... No lo comprendo.

AGENTE

¿Nada más?

EVA

(Queda pensativa y dice repentinamente como si descubriese la trama de Celita).

¡Ah!

(Celita no puede reprimir su turbación).

AGENTE

¿Qué

EDGARDO

¿Qué ibas a decir?

AGENTE

(A Edgardo).

Caballero...

CELITA

Déjenla; ¡pobrecita!

CLARA

Sí; déjenla.

AGENTE

¿Quería Ud. decir algo, señorita?

EVA

(Con vacilación).

No...

(Con firmeza).

¡Nada, nada!

AGENTE

He terminado.

(A Eva).

Usted, señorita, se servirá suspender su partida.

EVA

Ya no pensaba marcharme. Me conviene mucho quedarme, hasta que entienda lo que aquí está ocurriendo.

AGENTE

Señores... Dispensen Uds. tanta molestia... Era necesario.

(Mutis foro llevando la cuerda).

SATURNINO

(A Eva).

¿Que no lo has entendido? ¿Lo quieres todavía más claro?

Clara

¡Quién lo había de decir!

Celita

¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

(Salen Clara y Celita).

Saturnino

(A Eva).

Ya lo sabes. Cuidado con que te muevas de aquí.

(Mutis seguido de Clara).

ESCENA X

Eva, Edgardo.

(Unos momentos de pausa. Edgardo no sabe cómo preguntar a Eva. Esta espera angustiada que le hable Edgardo).

Edgardo

¡No puede ser! Dime, Eva, que no puede ser.

Eva

¿Qué es lo que no puede ser?

Edgardo

Eso; eso que creen mis papás, mi hermana...

Eva

¿Y Ud. ha podido dudar de mí? ¿Ha podido Ud. siquiera admitir la sospecha...?

EDGARDO

No quiero admitirla. Tú, la heroina de tantos años, la niña honesta en medio del desamparo y de la miseria, la flor del camino no manchada por ningún transeunte, tú no has podido cometer tal infamia en esta casa donde te recogieron.

EVA

Gracias, Edgardo.

EDGARDO

Pero...

EVA

¿Qué? ¿Duda Ud. de nuevo?

EDGARDO

¿Por qué querías marcharte hoy, precisamente? ¿Por qué no explicaste al agente el hallazgo de la cuerda en tu habitación? Háblame; dímelo todo.

EVA

Soy inocente.

EDGARDO

Eso es lo que yo quiero, lo que necesito creer. Pero no eres franca conmigo; no quieres explicarme ciertos detalles.

EVA

Es que no puedo explicarlos. No acabo de entenderlos... Ni siquiera los comprendo yo misma.

EDGARDO

¿Tú vislumbras algo? ¿Luego tú sospe-

chas...? ¿Tú sabes de alguien de esta casa...? Confiésamelo todo.

EVA

No, Edgardo; no sé nada.

EDGARDO

Sí; lo sabes. Confiésamelo, si no por mí, por aquel a quien tú amas con todos los sentidos, aquel que se posó a tu lado antes que yo.

EVA

(Con angustia amorosa).

¡Calle, Edgardo!

EDGARDO

(Con celo repentino).

¿Qué? ¿Te ha turbado, te ha conmovido, te ha inmutado su recuerdo? ¿Será él quien...?

EVA

(Medio indignada y serena).

¿Qué es lo que está Ud. pensando?

EDGARDO

Algo muy negro, muy horrible.

(Transición).

Eva, aquel a quien tú amas ¿está en esta ciudad?

EVA

¿Por qué me lo pregunta Ud. así?

EDGARDO

Responde; ¿está en esta ciudad?

EVA

¿Cómo le he de responder si me está preguntando como si Ud. fuese el juez y yo la acusada? ¿Cómo le he de responder si Ud. que es tan grande, tan noble, se está empequeñeciendo con sospechas absurdas e indignas?

EDGARDO

No, Eva. Te pregunto, como un hijo que quiere salvar la honra de sus padres, como un hermano que se empeña en saber si su hermana es digna de su afecto o de su desprecio, como un loco de amor que se desespera por averiguar si aquella a quien quiere es un angel o es...

EVA

(Con acento imperativo).

No siga Ud. Bien dice Ud. que está loco.

ESCENA XI

Dichos y Don Saturnino.

SATURNINO

(Entra con cara hosca y sombría). (A Edgardo).

Déjanos un momento. Tengo que hablar con Eva.

EVA

¿Conmigo?

SATURNINO

(Edgardo mutis. Foro).

Sí.

EVA

¿Qué me quiere Ud?

SATURNINO

¿Me lo preguntas así, tan serena y frescamente? Si no te conociera, extrañaría tu desparpajo.

EVA

¿Viene a insultarme?

SATURNINO

¡Insultarte! ¡Insultarte! ¿Hay acaso alguna palabra insultante con que yo pueda decir lo que tú eres, lo que tú has hecho?

EVA

Lo que Ud. ha querido hacer conmigo, querrá decir. Para expresar eso si que no hay en castellano frase bastante fuerte, bastante dura.

SATURNINO

(Sarcástico).

¡Tiene gracia!

EVA

Recogerme con una fingida piedad, esperar a que la niña enferma y demacrada fuese mujer... sabrosa, como Ud. dice; querer amarrarme a su pasión con lazos de gratitud y de favores, pre-

tender abusar de mi debilidad con la fuerza de sus brazos; eso, eso es lo que Ud. ha hecho.

SATURNINO

¿Te atreves todavía?

EVA

Resistirme a ser carne de Ud., con todas las energías de mi alma, sufrir calladamente sus asedios y asaltos de fiera, el asco de sus deseos; sacrificarme resignada por la tranquilidad de su esposa, por el honor de sus hijos; eso es lo que yo he hecho.

SATURNINO

Y enamorarte de mi hijo, y gozar besando su retrato, ya que no podías besar sus labios; y, echar la cuerda a tu amante para que subiese por la noche a tu habitación; aquí, en esta misma casa que te ha recogido. Miren la que habla de honra. Miren cómo se la entrega a un ladrón nocturno, sin que le importen nada ni el escándalo, ni el honor de aquellos a quienes debía su asilo, su vida, todo lo poco que vale.

EVA

Me indignarían sus palabras, si ya no estuviera acostumbrada a sus groseros insultos, si usted no hubiera conseguido al fin que haya llegado a despreciarlo profundamente, si no supiera que no son ni el escándalo ni el honor de su esposa y de sus hijos lo que ahora mismo le enfurece, sino sus deseos no satisfechos, sus celos repugnantes.

SATURNINO

(Desconcertado).

¿Qué estás diciendo?

EVA

¡La verdad! En su falsa e infame idea de que yo soy la culpable, lo único que le atormenta es que haya sido otro quien ha hecho lo que Ud. ha querido hacer.

SATURNINO

¿Y te atreves a negar que lo ha hecho?

(Transición).

Quisiera saber quién es, quisiera tenerlo entre mis manos para ahogarlo ante tus ojos. ¿Quién es? ¡Dime quién es!

EVA

¿Ve Ud. cómo son los celos, unos celos de infierno los que lo torturan y desesperan?

SATURNINO

¡El nombre de tu amante; quiero el nombre de tu amante!

EVA

¡De mi amante! Si fuera el del que ha pretendido robar mi honra...

SATURNINO

¿Dónde está el ladrón que te la robado cuando me pertenecías a mí?

EVA

¿Lo ve Ud.? ¡El honor de su esposa, de sus hijos...!

SATURNINO

Y aún te quiero. Aún te he de conseguir.

(Hace ademán de lanzarse sobre ella y se contiene al oir los pasos de Celita. Foro derecha). (Cuando ésta entra, hace mutis).

ESCENA XII

Eva y Celita.

CELITA

¿Qué te decía mi papá? ¿Debe de estar muy indignado? ¿Te reñía por lo de anoche, no es verdad?

EVA

Es natural. Me cree culpable.

CELITA

Claro está. Después de aquello de la cuerda... ¿Y tú que le contestaste?

EVA

¿Qué quieres que le contestase? Que no lo soy; que no tengo nada que ver con el escándalo de anoche.

CELITA

¿Y él lo creyó? Todas las apariencias te acusan.

EVA

¿Qué me importan las apariencias, si no es esa la verdad?

(Con marcada intención).

Y tú... ¿qué opinas? ¿Me crees también culpable?

CELITA

Yo... a la verdad... no sé qué pensar. La cuerda se encontró en tu cuarto.

EVA

Es cierto; pero ¿quién la puso allí?

CELITA

¿Quién la había de poner? La que la colgó después del balcón para que subiese...

EVA

¿Para que subiese quién? No me ha de costar mucho averiguarlo. Lo averiguaré. Ten la seguridad de que lo averiguaré. Tengo muchos indicios.

CELITA

¿Dónde?

EVA

Aquí; muy cerca de mí.

CELITA

¿Qué quieres decirme?

EVA

Quiero decirte que tú sabes tan bien como yo que soy inocente; que no tengo ningún amante y que en cambio tú, hablabas a escondidas de tus padres con ese, que según ellos, es un granuja.

(Pausa).

¿Por qué te asustas? ¿Por qué tiemblas?

(Cogiéndola por las manos).

Mírame, mírame fijamente. No puedes. ¡Fuiste tú! ¡Confiésame que fuiste tú!

CELITA

¡Sí!

EVA

Ya era hora de que bajases los ojos, de que te humillases ante mí, ante la pobrecita expósita, ante la muchacha infeliz, sin padres, sin casa, sin sociedad.

(Pausa).

Fuiste tú, la damita distinguida, la gala de los salones, la princesita de las crónicas, quien ayudaste a un canalla a escalar el balcón, como un ladrón nocturno; quien abriste las puertas de tu habitación para entregarle tu honra. ¿No es verdad?

CELITA

Sí.

EVA

Fuiste tú la que después, sin avergonzarte de tu infamia, sin sentir remordimientos por el escándalo, por los disparos que mataron al vigilante, por el deshonor que caía sobre tu casa, tuviste la suficiente sangre fría para inventar la burda trama de la cuerda que colocaste en mi habitación. ¿No es cierto?

CELITA

Sí.

EVA

¡Claro está! Así aparecía yo culpable, deshon-

rada, y tú seguías siendo la damita distinguida, la gala de los salones, la princesita de las crónicas. ¿No es eso?

CELITA

(Arrodillándose).

¡Perdóname, Eva!

EVA

¿Perdonarte? ¡Eso es! Como si dijeses, cállate, sufre el enojo y el desprecio de mis padres, los peligros de la justicia, el agravio de la deshonra. ¡No! Hablaré claro, muy claro; lo diré todo.

(Hace ademán de irse).

CELITA

¿Qué vas a hacer? No me descubras, por piedad, por mi honor.

EVA

¿Tu honor? ¿Y aun mientas tu honor?

CELITA

Por el honor de mis padres.

EVA

Tus padres... Si supieras... Hablaré; estoy decidida.

CELITA

¡Por Edgardo! ¡Hazlo por él, por él!

EVA

(Como desarmada).

¡Ah! ¡Por Edgardo! ¡Por su honor!

(Pausa). (Solloza).

¡Callaré! ¡Callaré!

CELITA

¡Gracias, Eva!

EVA

No quiero tus gracias. No tienes nada que agradecerme. Por tí, nada. Por Edgardo, todo.

CELITA

¡Qué buena eres!

EVA

Muy tarde has venido a conocerlo.

CELITA

¿De modo, que estás decidida?

EVA

Tan decidida, que ahora mismo voy a salir de esta casa para siempre. Ya he sabido lo que tenía que saber.

(Va a salir y se encuentra con Don Saturnino, Clara y Edgardo que entran).

ESCENA ULTIMA

Eva, Don Saturnino, Celita, Clara y Edgardo.—(Foro derecha).

SATURNINO

¿A dónde vas?

EVA

No lo sé. Fuera de esta casa.

Saturnino

¿Es decir, que huyes?

Eva

Sí; huyo.

Saturnino

Luego, ¿eres tú la culpable?

Clara

¡Qué infame, Dios mío! ¡Qué infame!

Saturnino

¡La heroina! ¡La santa! ¿Se ha visto mayor hipocresía, mayor perversidad!

Edgardo

¿Te callas, Eva? Luego, ¿es verdad? ¿Luego huyes abrumada por la grandeza de tu culpa? ¿Y tu inocencia, aquella inocencia de que me hablaste? ¿Puede caber tanta ficción en una cara tan angelical? Te quería ya Eva con toda el alma, y ahora con toda el alma te odio y te maldigo.

Eva

¡No! ¡Eso no! Me voy, Edgardo, con mi inocencia. Me voy, para que pueda quedar aquí, en tu casa, la honra de tu hermana.

(Asombro general).

Clara

¡Jesús! ¿Qué dice?

SATURNINO

(Queriéndose arrojar sobre Eva).

¡Infame!

(Eva queda serena e imperturbable mirando a Celita).

EDGARDO

(Interponiéndose entre Saturnino y Eva).

No, papá.

(A Celita).

Habla tú ahora. ¿Es verdad eso?

CELITA

(Echándose a llorar).

¡Sí!

CLARA

(Protegiéndola).

¡Dios mío!

SATURNINO

¿Has dicho que sí?

EVA

(Interponiéndose).

Déjela; ella queda con su honra ante todo el mundo. Yo me voy con mi deshonra.

EDGARDO

¿A dónde vas? ¿Y si la justicia te encuentra?

EVA

No. No me encontrará. Voy resuelta a todo, a todo. Y si me encuentra, ¿qué habré perdido? ¿Qué puedo perder ya?

EDGARDO

¡Yo te seguiré!

EVA

No; entre Ud. y yo, está el honor de su hermana.

EDGARDO

¿Pero nos dejas?

EVA

Es necesario. Voy, no sé dónde... A estar sola otra vez.

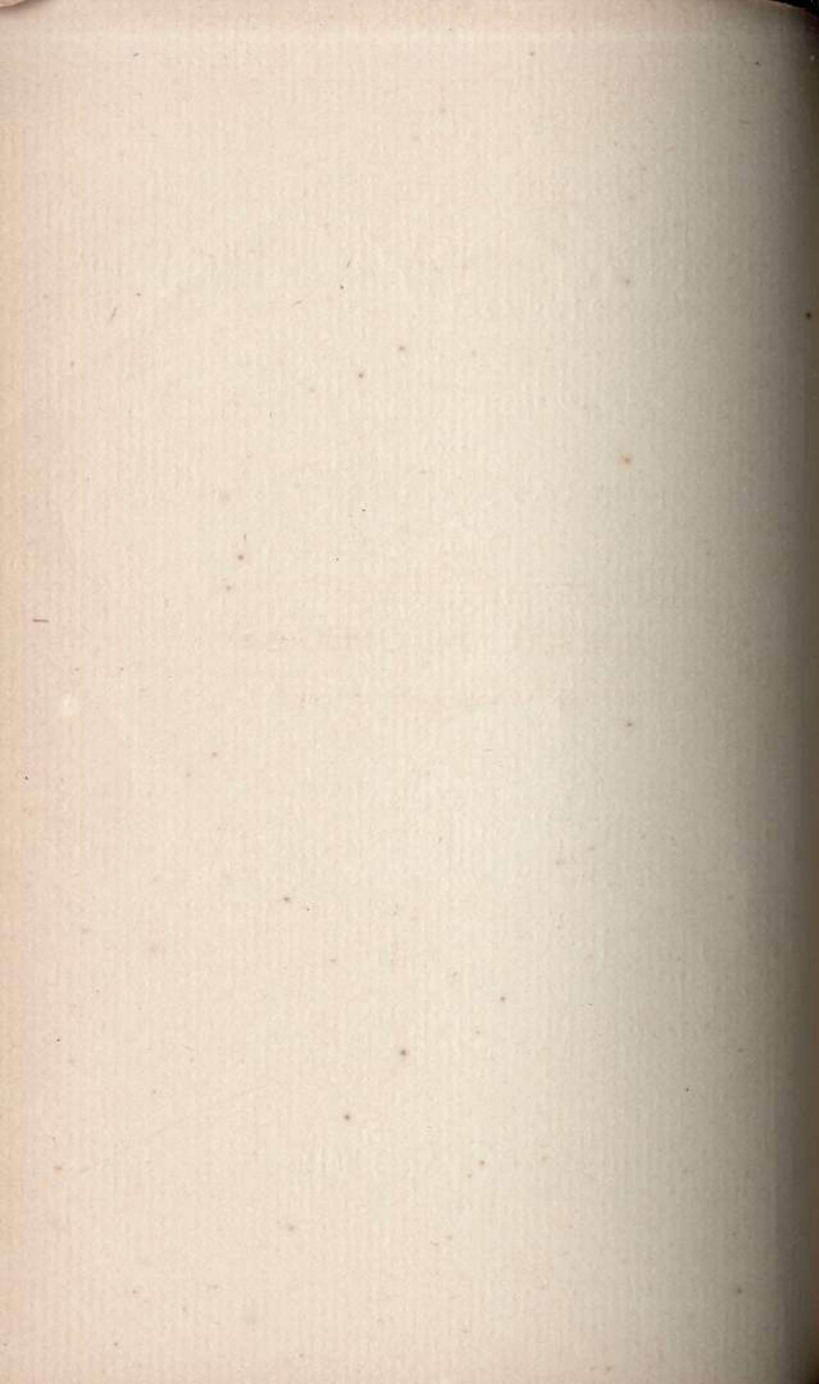
Como la flor del camino
Sin saber de dónde vino
Ni quién...

(El llanto ahoga la últim.. frase, y sale bruscamente).

(Cuadro).

FIN.

Habana, Febrero 1914





AMAR A CIEGAS

Al aplaudido primer actor Manuel M. Casado,

con el afecto de

Los Autores.

Ichaso y Sanz

AMAR A CIEGAS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

León Ichaso y Julián Sanz

Estrenada en el "Polyteama Habanero," durante la temporada

"Pro Teatro Cubano," la noche del

12 de Enero de 1914



HABANA

Imprenta y Papelería "La Universal," Obispo 34

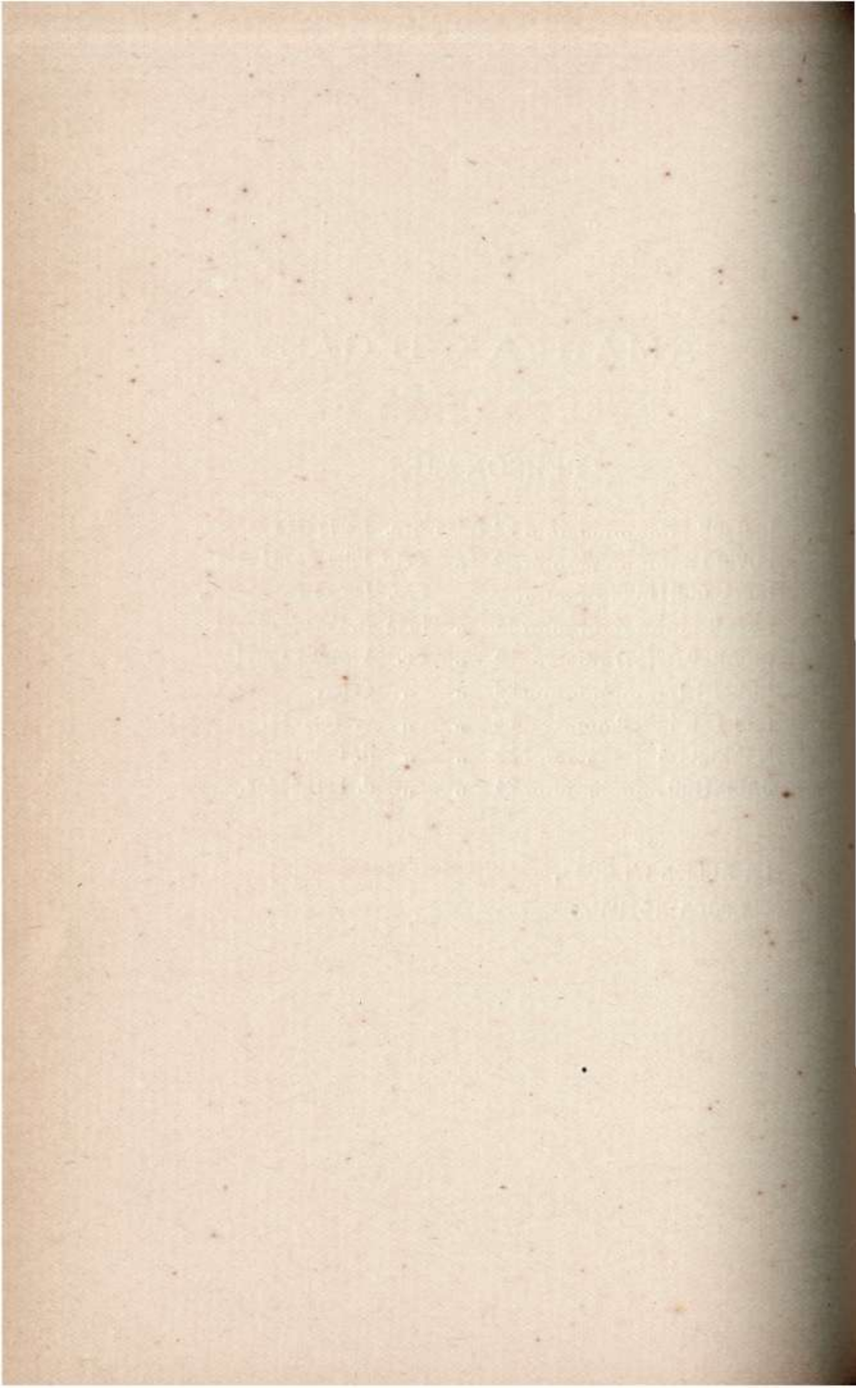
1914

AMAR A CIEGAS

PERSONAJES

LEONOR......................22 Años	Sra.	Enriqueta Sierra.
ELVIRA......................20 „	Srta.	Pilar Fernández.
DOÑA GERTRUDIS..........	Sra.	Isabel Fernández.
ESTER.......................13 „	Niña	A. Fernández.
RICARDO (ciego).............30 „	Sr.	Vicente García.
ALBERTO.....................28 „	„	Soler.
DON FERNANDO................56 „	„	E. Torrent.
MANRIQUEZ...................35 „	„	H. Gabrisas.
JACINTICO...................24 „	„	J. Fernández.

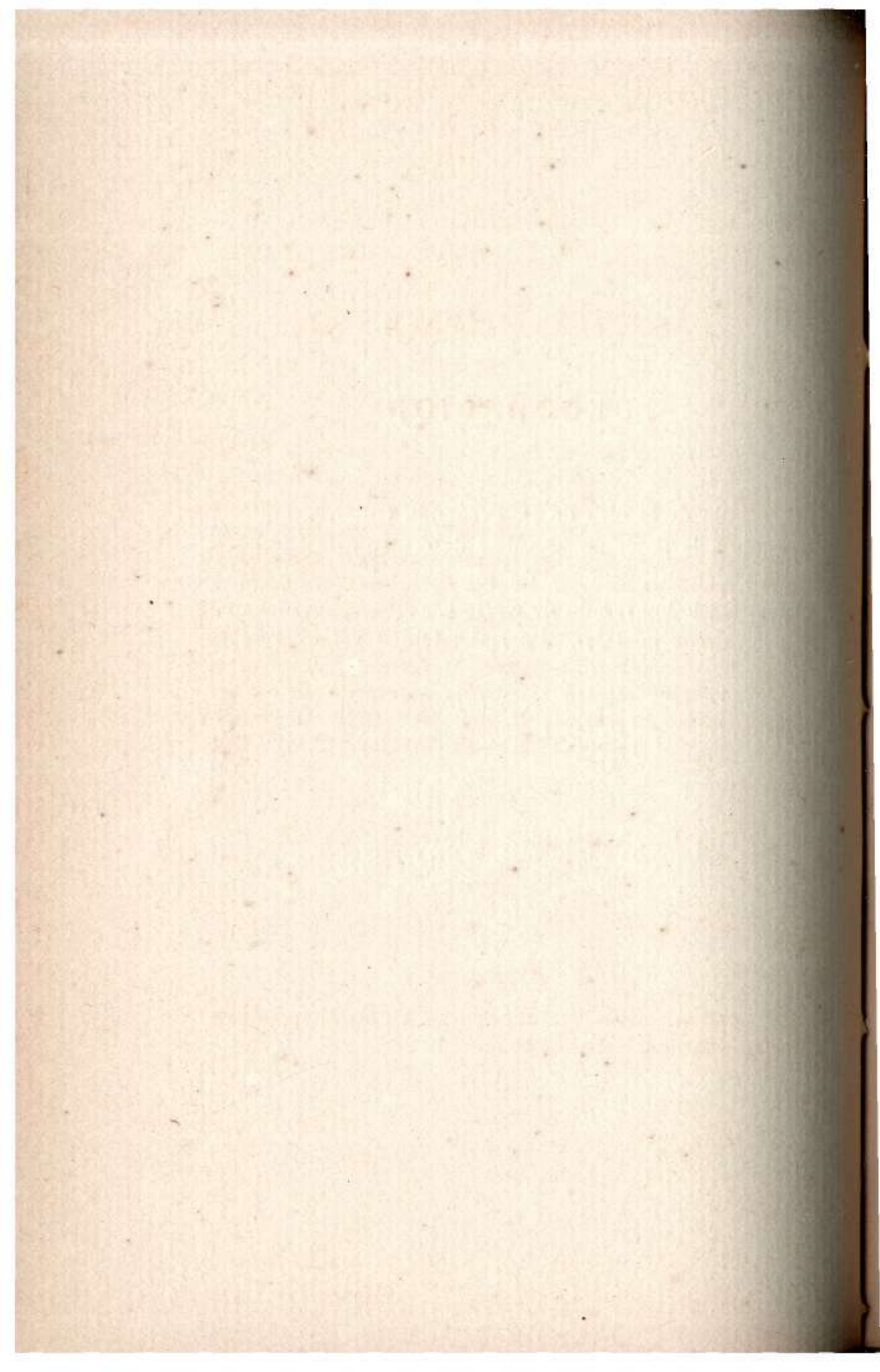
LA ACCION EN CUBA,
EPOCA ACTUAL.



DECORACIÓN

Sala de la casa de D. Fernando Ordóñez, amueblada a la moderna. Mesitas de centro a la izquierda y derecha, sillones de mimbre. En una de las mesitas habrá recado de escribir, papel. En el fondo galería con cristalss. Puertas laterales y foro.

Derecha é izquierda, la del espectador.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Aparece a la derecha Doña Gertrudis haciendo relicarios, los cuales va depositando en una canastilla. A su lado su hija Leonor, componiendo madejas de seda para la construcción de aquéllos. A la izquierda, Manríquez, ataviado ridículamente y fumando un puro con aire pedantesco. Su postura, será siempre la misma desde el momento en que Jacintico, desde el foro trata de dibujar, según cosa convenida, la antipática figura de Manríquez. Alberto curiosea el trabajo, aspirando de vez en cuando el perfume de una rosa. Viste con elegancia, y sus modales son distinguidos.

GERTRUDIS

Con éste son treinta y dos; ¿no es eso?

LEONOR

Sí, señora; treinta y dos. ¿Cuántos le faltan?

GERTRUDIS

Otros tantos; ya sabes que he hecho promesa de entregar sesenta y cuatro.

JACINTICO

Más, más, mucho más.

GERTRUDIS

Ni más ni menos; si sabré yo lo que me digo.

JACINTICO

Me refiero a Manríquez. Incline Ud. más la cabeza.

MANRIQUEZ

¿Todavía más?

JACINTICO

Así; ¡perfectamente! Ahora puedo copiar mejor el bigote. Cruce Ud. un poco más la pierna; así, ¡de primera!

ALBERTO

Lo que me parece, querido Jacintico, es que has dado demasiado negro al chaqué de Manríquez, porque el pobre pinta ya para verdón. *(Leonor y su mamá se ríen).*

MANRIQUEZ

(Medio aturdido y dejando la postura). ¿Verdón? Es su color primitivo. ¿Cree Ud. que en el mundo elegante no se llevan prendas verdes?

ALBERTO

No se incomode Ud., Señor Manríquez. No he querido discutirle si se llevan verdes o maduras; quise hacer esa ligera observación sólo para bien de la acuarela. Nada, Jacintico; ya que esa es la moda, póngale Ud. el chaqué verde.

MANRIQUEZ

No; verde, no; póngalo Ud. negro, que es de todos los tiempos.

LEONOR

¡Ah! ¡Señor Manríquez!... *(Manríquez hace un movimiento para atender a Leonor).*

JACINTICO

(A Manríquez). ¡Por Dios!

LEONOR

No, no se mueva Ud.

MANRIQUEZ

¡Paciencia! *(Vuelve a tomar su postura primitiva).*

LEONOR

Quería decirle, Señor Manríquez, que ha tenido Ud. la gran idea, al pedirle a Jacintico que le retrate.

GERTRUDIS

Nunca lo ha tomado con tanto empeño.

LEONOR

Es verdad. El no pinta muy bien que digamos; pero a esta fecha ha empezado ya tres docenas de cuadros y aún no ha concluído ninguno. Cuando no es porque se le ha acabado el verde, es porque el negro está muy aguado o porque el paisaje no es de su gusto. ¿Pero ahora? Todo el santo día tiene los pinceles sobre Ud. Y ¡qué de preguntas! Créame Ud., Señor Manríquez; que

si las cejas están muy espesas, si la mirada muy lánguida, si el bigote muy tieso... A propósito del bigote. ¿Cómo es, Señor Manríquez, que la semana pasada lo traía Ud. de color castaño y ahora lo tiene Ud. negro?

MANRIQUEZ

(Atolondrado). Verá... verá Ud.; es que... ¿Comprende?

ALBERTO

Es que ahora están de moda los negros, Leonor.

MANRIQUEZ

En efecto, cosas de la moda, Leonor. Así como Udes. hacen cambiar de color el cabello.. ¿Comprende?

JACINTICO

(Lanzando un grito). ¡Diablo! Lo he echado a perder. ¿No ve Ud., Señor Manríquez?

MANRIQUEZ

No, no veo nada.

JACINTICO

Claro que no puede Ud. ver nada.

LEONOR

¿Qué te ha pasado?

JACINTICO

Que el negro está muy aguado, se ha corrido, y le ha caído a Manríquez en los ojos.

MANRIQUEZ

(Llevándose las manos a los mismos). ¿En los ojos?

ALBERTO

Es verdad; si parece que está Ud. llorando tinta.

LEONOR

Ahí tiene Ud.; le hemos hecho mal de ojos.

MANRIQUEZ

¿Y eso no tiene arreglo?

JACINTICO

¿Y el trabajo que pierdo? Los ojos, que eran lo mejor, están que parecen unas ciruelas pasas. Esto es una calamidad.

LEONOR

¡Adiós la mirada melancólica!

MANRIQUEZ

Bueno, Jacintico; se suspende por hoy el trabajo. ¡Qué lástima! Déjamelo ver! *(Jacintico le enseña el cuadro. Alberto no podrá contener la risa. Manríquez con cara afligida).* ¡Ave María Purísima! Me ha puesto Ud. la cara hecha un adefesio.

LEONOR

A ver, a ver... ¡Qué horror, Señor Manríquez! ¿Cómo le han puesto? Parece que acaba de salir Ud. de la imprenta.

ALBERTO

En efecto; así sale Ud. de la imprenta.

MANRIQUEZ

(Indignado) ¿Qu así salgo yo de la imprenta? Se equivoca Ud.; eso está bien para la turba de cajistas vulgares. No confundamos. Va diferencia de un cajista a un redactor como yo, Señor Alberto.

ALBERTO

(Mirando el cuadro). ¡Cómo le han puesto! Ja, ja, ja...

MANRIQUEZ

(Quitándoselo). A ver... Guárdelo. guárdelo, Jacintico, porque se va a echar a perder. *(Se lo dá).*

JACINTICO

Le digo a Ud. que es una lástima. *(Carga con todo y se marcha).*

ESCENA SEGUNDA

Dichos menos Jacintico. Después Elvira.

MANRIQUEZ

Si señores; un cajista, digo yo, no es un redactor de periódicos; y un redactor de periódicos, no es un cajista, digo yo.

GERTRUDIS

Eso mismo estaba yo pensando.

MANRIQUEZ

Porque tiene Ud. experiencia de las cosas.

LEONOR

He sabido que ayer me dedicó Ud. unos versos en las gacetillas de *La Verdad*, y si doy fe a lo que me han dicho, deben de ser una cosa superior, un trabajo como todos los de Ud.

ALBERTO

Eso; ¡que vale!

MANRIQUEZ

Gracias, Leonor; gracias, amigo Alberto; gracias, Doña Gertrudis.

GERTRUDIS

¿Eh?

MANRIQUEZ

Que muchas gracias. Los versos valen... la pena de leerlos. Los escribí anoche.

ALBERTO

Mientras llovía...

MANRIQUEZ

Mientras revoloteaba en mi cerebro la figura delicadísima de Leonor. Verán, verán Ustedes. *(Saca del bolsillo un periódico).*

ALBERTO

Tomemos asiento para admirar ese engendro.

LEONOR

Lea Ud. bien claro y despacio, para no perder ni una sola frase.

ELVIRA

(Desde la puerta como hablando con la criada, que se supone que la acompañaba). Sí; despide el coche.

LEONOR

Ahí está Elvira.

GERTRUDIS

¡Gracias a Dios!

ELVIRA

(Desde la puerta). No, mujer a las dos; ni minuto más ni minuto menos... ¿Ah, sí?; ya lo sé. Ja, ja, ja, ja.

MANRIQUEZ

¡Malo!

ALBERTO

Ya empieza a padecer Cristo. *(Aparte). (Bajo a Leonor).* ¿Le dió Ud. mi rosa a Elvira?

LEONOR

(Aparte a Alberto) No; pero descuide, se la entregaré.

ELVIRA

(Al entrar pasa por delante de Alberto, que ha ido a su encuentro). (Esta hace caso omiso de Alberto y se adelanta, como si no lo hubiera visto, dejándolo perplejo). Ya estoy de vuelta.

Alberto

Elvira.....

Gertrudis

¡Cuánto has tardado, hija! Creí que no llegabas nunca.

Leonor

No seas así, mamá. Ya sabes lo que le gusta el paseo.

Gertrudis

Bueno es lo bueno; pero no lo demasiado.

Elvira

(A Manríquez). ¿Ud. aquí, Señor Manríquez? *(Muy sorprendida)*.

Manriquez

Sí, aquí estoy; ¡digo yo!

Elvira

Yo le hacía a Ud. en el Hospital o en la Casa de Socorros.

Manriquez

¿A mí?

Elvira

A Ud. Como me acaba de decir Jacintico que le han puesto la cara hecha una calamidad, suponía...

Leonor

¡Qué gracia! Ha sido en el retrato. Se corrió la pintura como siempre y está el pobre desconocido.

ELVIRA

Lo siento en el alma.

MANRIQUEZ

¿De veras que lo siente Ud.?

ELVIRA

¡Claro! Me suponía que le habían estropeado a Ud. la cara y resulta que es una broma.

GERTRUDIS

(Reprendiéndola). ¡Elvira!

MANRIQUEZ

¿Estropearme la cara a mí? ¿Y cree Ud. que estaría aquí con la cara tan fresca?

ELVIRA

(Riendo). No; estaría Ud. con la cara hinchada, dándose frotaciones de árnica. Ja, ja, ja...

MANRIQUEZ

¿Pegarme a mí? ¿Lo oye Ud., Alberto?

ELVIRA

¡Ah! ¿Ud. también por aquí, Alberto?

ALBERTO

Sí, Elvira; y abofeteado como Manríquez.

MANRIQUEZ

Como yo, no.

LEONOR

Vamos, Señor Manriquez; cálmese Ud. y dé lectura a esos versos. *(A Elvira)*. ¿No lo sabes? Manríquez me ha dedicado unos versos.

ELVIRA

(En tono burlón). Sí; ya los he leído. Verás. *(Marcando la frase)*. ¿Quién es Leonor?

ALBERTO

Con el permiso de Udes., me retiro. Les agradeceré que le digan a Ricardo que dentro de un rato volveré, para hablar con él. Tengo que ir a casa del Señor Flores. Adiós. *(Mira a Elvira detenidamente y se marcha)*.

ESCENA TERCERA

Dichos menos Alberto.

MANRIQUEZ

¡Hombre!; mirándolo bien, al amigo Alberto le hace falta un Carreño!

ELVIRA

¡Claro! ¡Mire que marcharse sin esperar a que Ud. leyera los versos! Eso es una ofensa grave.

LEONOR

Ya conocen Udes. a Alberto; tiene un carácter especial. Yo me atrevería a jurar que lo ha hecho inconscientemente.

Manriquez

Pues a su edad, amiga Leonor, debe verse bien lo que se hace. Por motivos de menos importancia he tenido yo serios conflictos. A él se lo paso... porque se lo paso; a otro...

Elvira

Vamos; a otro se lo pasa Ud. también; digo yo.

Gertrudis

Pero ¿lee Ud. o no?
(Con mucho aparato). A la distinguida, bella y espiritual señorita Leonor Ordóñez, hija del distinguido, culto y prestigioso señor Don Fernando Ordóñez.—"¿Quién es Leonor?"

Elvira

¿No lo dije?

Leonor

Calla; ¡por favor!

Elvira

¡Callo! *(Con parsimonia).* Puede el distinguido, culto y prestigioso poeta, dar lectura a la bella y filosófica composición que alude a la distinguida y espiritual Leonor. *(Se sienta. Doña Leonor y Gertrudis tratan de disimular la risa).*

Manriquez

Con el permiso de Udes. *(Lee haciendo gestos ridículos). (Elvira acompaña sus frases con movimientos de cabeza).*

¿Quién es Leonor? ¿Quién es ella?
¿Esa deidad, esa Estrella,
esa poesía de amor,
esa mujer de alma bella
toda pureza y candor?
¿Quién es Leonor?

¿Quién esa dama elegante
que por el mundo, triunfante
pasa sembrando la flor
de la virtud más brillante
que es combatir el dolor?
¿Quién es Leonor?

¿Quién esa dama preciosa?
digna de un mundo mejor,
¿quién esa ninfa, esa rosa?
¿Quién esa Venus hermosa
que de este suelo es honor?

ELVIRA

(Sin poderse contener). "¿Quién es Leonor?"

MANRIQUEZ

(Terminando los versos). "Esa es Leonor".

LEONOR

Venga esa mano. Ha estado Ud. a la altura de siempre. Demás está el decirle lo que le agradezco sus injustificados piropos.

MANRIQUEZ

(Finchado). Gracias. Las gacetillas de *La Verdad* se sienten orgullosas de haber llevado en sus columnas esta poesía dedicada a la más espi-

ritual de las mujeres espirituales. Y Ud., Elvira, ¿qué dice de la composición?

ELVIRA

A la verdad, que me parece muy cursi.

MANRIQUEZ

(Indignado). ¿Cursi ha dicho Ud.?

ELVIRA

Si señor; pero eso no quita para que sea digna de Ud.
(Satisfecho). ¡Ah! Eso es otra cosa.

ESCENA CUARTA

Dichos y Don Fernando que entra algo enojado.

FERNANDO

¡Uf, qué calor! ¡Qué calor! *(Se pasea agitado).*

GERTRUDIS

¿Qué te pasa?

LEONOR

Mira, papá; aquí tienes a Manríquez.

FERNANDO

(Como hablando solo). Es un imbécil... sí... un imbécil. Llevar al terreno del honor a un hombre por el solo hecho de haberle escupido en la cara. ¡Esto es horripilante!

ELVIRA

¿Pero qué es ello?

FERNANDO

Y luego, después de armar un escándalo mayúsculo; sí, Señor Manríquez, un escándalo, irán a la media hora cogiditos del brazo. ¡Esto es abominable!

MANRIQUEZ

Lo creo, lo creo...

FERNANDO

¡Insufrible!

MANRIQUEZ

También lo creo.

FERNANDO

Y luego saldrá la prensa diciendo que es justo.

MANRIQUEZ

Justo, eso digo yo...

FERNANDO

(Irritado). Pues es incierto; muy incierto. ¡Bueno¡ ; a mí me importa un bledo que se maten. ¿Sabe Ud.?

MANRIQUEZ

Si señor, sí, lo sé.

FERNANDO

Ud. no sabe nada. Ud. es incapaz de saber nada.

GERTRUDIS

A estas alturas todavía ignoro lo que ha sucedido.

FERNANDO

Y yo también lo ignoro y lo ignora mi socio y lo ignora la gente; todos son unos ignorantes. Y Ud. también, Señor Manriquez... debe de ignorarlo.

MANRIQUEZ

¿Pero qué es ello?

FERNANDO

Lo de siempre; cuestión política entre mi socio y ese abogadito picapleitos; ya sabe usted que a mi socio quieren nombrarlo Alcalde.

MANRIQUEZ

¿Alcalde a su socio de Ud.?

FERNANDO

Sí, señor; a mi socio. A mí me importa poco que salga o no Alcalde, y me importa muy poco que lo hayan insultado por la prensa, y me importa muy poco que se defienda o no. Pero ¡que le hayan escupido en la cara!...

MANRIQUEZ

¡Jesús!

FERNANDO

Y si me apuran mucho, también me importa poco; pero que se bata... ¡Ah!; eso sí que no lo consiento. ¡Batirse! ¿Ud. sabe lo que es eso?

MANRIQUEZ

¡Jamás!; se lo juro.

FERNANDO

Pues eso quiere hacer mi socio. Lo que usted y yo hemos sido incapaces de hacer nunca. ¡Batirse a pistola!

MANRIQUEZ

¿A pistola? ¿Su socio de Ud. está loco?

FERNANDO

No; está dispuesto a batirse; dice que le han escupido en la cara; a él, al futuro Alcalde; que tiene que lavar esa mancha... Ud. y yo, con habernos lavado la cara ya habíamos arreglado el asunto. *(Transición)*. ¡Y bien!; que se batan; también me importa muy poco. ¿Sabe Ud.?; muy poco. ¿Dónde está Ricardo?

LEONOR

(Que ha estado pensativa). ¿Ricardo? No lo sé; no ha bajado al jardín; casi todo el día se lo ha pasado en su cuarto.

ELVIRA

No sé por qué me parece que Ricardo tiene algún pesar.

LEONOR

¿Pesar? ¿Y por qué?

GERTRUDIS

Ayer no quiso sentarse a la mesa. Yo tampoco sé la causa; pero juraría que tiene alguna contrariedad. Voy a ver si aun está en su cuarto. *(Sale por la izquierda).*

ESCENA QUINTA

Dichos menos Doña Gertrudis.

MANRIQUEZ

¡Pobre Ricardo!

LEONOR

¿Pobre, por qué? ¿Acaso sabe Ud. algo? ¿Qué le sucede?

MANRIQUEZ

No; nada, digo yo.

FERNANDO

Ricardo sufre... ¡Ah! ¡Ya!; se habrá metido en política; de seguro...

ELVIRA

¿Cómo, si sabes que no sale nunca? Además; faltándole como le falta le vista, me parece difícil que pueda ser buen político.

FERNANDO

Tienes razón.

MANRIQUEZ

Su padre siempre se lució en la vida política.

FERNANDO

Su padre, y Dios y mi mujer me perdonen, fué un imbécil; bastantes penas y sinsabores le costó a su familia.

LEONOR

Y ¿por qué Ricardo cuando habla de su padre, pronuncia palabras incomprensibles, como si se lamentara?

FERNANDO

Porque él, sólo su padre, fué el culpable de sus desgracias. Mató a disgustos a su pobre madre; sí, a disgustos; era un hombre bestial. Se casó con ella sólo por obtener sus riquezas; pero después que fué hombre poderoso maltrató a la infeliz hasta abatirla.

MANRIQUEZ

Y dígame Don Fernando; cuando Ricardo perdió la vista ¿no lo llevaron a consultarse con médicos competentes?

FERNANDO

Sí; fué a París, a Londres; pero todo fué inútil. A los quince años quedó el infeliz llevando a cuestas la mayor de las desgracias.

LEONOR

(Como despertando de un letargo). ¡Pobre Ricardo!

FERNANDO

¡Ah! Allí viene.

ESCENA SEXTA

Dichos, Ester y Ricardo, que entra del brazo de ésta.

FERNANDO

(A Ricardo). Gracias que te vemos al fin.

ESTER

(Lleva un manojo de flores que va repartiendo). Toma, papá.

FERNANDO

¡Hola!, picaruela. ¿Se ha perdido Ud.?

RICARDO

Ella no se pierde nunca. Yo en tal caso.

ESTER

Ni tú tampoco; yo te guío. Leonor, un pensamiento. *(Se lo da).*

LEONOR

(Besando a Ester). ¡Qué preciosidad!

ESTER

(A Elvira). Un clavel.

ELVIRA

Lo guardaré para mi guirnalda.

ESTER

(A Manríquez). Una campánula.

MANRIQUEZ

Blanca; blanca como tu alma; digo yo.

RICARDO

(Sentándose). Nos entretuvimos en el jardín; Ester, recogiendo flores, y yo, aspirando sus perfumes. El día está delicioso. El sol debe de brillar hoy más que nunca. Un sol de esos, que como dice el poeta, llega al fondo del alma.

ELVIRA

¿El poeta? Para poesías, Manríquez. Acaba de leernos unos versos deliciosos. "¿Quién es Leonor?" *(Imitando a Manríquez).*

MANRIQUEZ

(Con vanidad ridícula). Eso es, eso es.

RICARDO

(Con marcada intención). ¿Quién es Leonor? La pregunta es atrevida. *(Transición).* Conozco algunos versos de Manríquez. No será un Zorrilla, ni un Becquer, ni un Campoamor, ni un... Manuel del Palacio. Pero tampoco es de esos que nos hablan de ojos glaucos, camellos nubios, sombras largas y tristes, flores del loto y góndolas azules. Dicen que el poeta es un ser ino-

fensivo; creo que Manríquez es el más inofensivo de todos los poetas.

FERNANDO

(Con sorna). Te felicito, Manríquez; eso no es llamarte tonto.

LEONOR

(Protegiendo a Manríquez). Claro que nó. Cosas de papá.

FERNANDO

¡Bueno! Ester tendrá que dar su clase con Ricardo. Aquí estorbamos.

MANRIQUEZ

Yo voy a la redacción. Unos versos... un compromiso ineludible.

RICARDO

¡Ah! ¡Ya! *(Vanse Don Fernando, Leonor y Manríquez).*

ESCENA SEPTIMA

Ricardo y Ester. (Ester se sienta a alguna distancia de Ricardo).

RICARDO

Ayer te hablé del respeto y cariño que hemos de tener a todos los de la familia. Ya sé que tú quieres mucho a tu papá, a tus hermanas...

ESTER

Y a tí.

RICARDO

Y a mí. Pero habrá de seguro alguien por quien tú sientas más cariño, con quien tengas mayor confianza, que te parezca más bondadosa.

ESTER

Yo quiero mucho a todos. ¡Papá y mamá son tan buenos conmigo!

RICARDO

Sí; tus padres sobre todo.

ESTER

Elvira también es buena; algunas veces me besa. Leonor...

RICARDO

(Al oir el nombre de Leonor, cambiará repentinamente su indiferencia, en atención intensa y profunda). ¡Ah! ¡Leonor! Ven aquí, acércate. Más, mucho más. *(Ester se va acercando un poco).* Háblame de ella, cuéntamelo todo. ¿La quieres mucho?

ESTER

Sí; mucho.

RICARDO

Más que a Elvira. ¿No es verdad? Confiésamelo con franqueza.

ESTER

Sí, más que a Elvira.

RICARDO

Leonor es mejor, más tolerante, más benigna con tus faltas.

ESTER

Sí; Elvira me riñe; Leonor no es así.

RICARDO

Cuando te reprende, lo hace con dulzura.

ESTER

Y sus besos son más fuertes y largos. Si lloro, Elvira me reprende.

RICARDO

Y Leonor te consuela, te acaricia, te enjuga las lágrimas.

ESTER

Ayer, al ir junto a Elvira, me ajé un poquito el vestido y me apartó de ella bruscamente. Yo lloré, y entonces Leonor me abrazó con fuerza y quería comerme a besos.

RICARDO

¡Qué alma más hermosa! ¿No es verdad que es hermosa el alma de Leonor? Tan hermosa como su rostro.

ESTER

(Con cándida coquetería). Dicen que se parece a mí.

RICARDO

¿A tí? *(Con creciente apasionamiento y haciendo lo que dice el diálogo).* Déjame que te bese; déjame palpar tu frente, tu boca, tus mejillas, tus cabellos. Así; así; que pueda yo gravar tu imagen, la imagen de tu rostro hermoso y con ella el retrato de Leonor. ¿Cómo son sus cabellos, Ester?

ESTER

Muy negros y brillantes.

RICARDO

Y finos y delicados como los tuyos. Y su frente será tan blanca y tan tersa, como un pedazo de nieve.

ESTER

Sí; muy blanca y muy tersa.

RICARDO

Y sus ojazos, grandes, negros en la expresiva pupila y de azulada blancura en derredor, como un girón de noche en medio de una estrella. *(Ester hace gestos de aprobación).* Y su boca, pequeña como el cáliz de un clavel, rodeado de rojos matices. Siempre graciosa, siempre risueña. Y las mejillas suaves, de terciopelo, como el pensamiento que tú le has dado.

ESTER

Con hoyuelos como los míos.

RICARDO

Yo la veo; la veo hermosa, sonriente. Contemplo sus ojos.

ESTER

¿Cómo la vas a ver si estás ciego?

RICARDO

(Con abrumadora decepción). ¡Es verdad! ¡Estoy ciego! Pero la veo; sí; la veo con más luz y más claridad que tú.

ESTER

No te entiendo, Ricardo.

RICARDO

No puedes entenderme, Ester. ¿Tú no has soñado alguna vez con Leonor?

ESTER

Sí.

RICARDO

¿Y en esos sueños, no la has visto con mayor viveza que cuando estás despierta? ¿No te han parecido más bella su cara, más negros sus ojos, más dulces sus besos y caricias...?

ESTER

Sí.

RICARDO

Pues eso me sucede a mí. Sólo que tú sueñas con ella cuando estás dormida, cuando no ves.

Yo no veo nunca; por eso sueño siempre con Leonor.

ESTER

Entonces ¿la quieres mucho?

RICARDO

Mucho, mucho. Como tú quieres a las flores. ¿Y qué flor más bella que Leonor?

ESTER

Tan linda como esta rosa que traigo para tí. Esta es más bonita que todas las de nuestro jardín.

RICARDO

¿De dónde es entonces esa rosa? Verdad que su perfume es suave y delicado. ¿Quién te la dió?

ESTER

La tenía Leonor muy escondida en su habitación. A mí me gustó tanto, que entrando de puntillas, la cogí para tí. Se la trajo esta mañana Alberto.

RICARDO

(Con súbito sobresalto celoso, mezcla de dolor y de ira mal reprimida). ¿Alberto? ¿Se la dió Alberto a Leonor? ¡Ah! Sí; lo que yo temía; sus frecuentes conversaciones, sus cuchicheos.

ESTER

(Asustada). ¿Qué te pasa, Ricardo?

RICARDO

¡Y era amigo mío! El, él es quien me la quiere robar.

ESTER

¿Cuál ¿La rosa?

RICARDO

(Con más calma dándose cuenta de su situación; pero exaltándose insensiblemente). ¿La rosa? Esta flor es muy fea; hace daño; su aroma es un veneno, sus colores deben de ser negros y lúgubres como las sombras que me rodean. Sus hojas son espinas que punzan. *(Va deshojándola y esparciéndola por el suelo).* Al suelo, al suelo con ellas.

ESTER

(Medio asustada y medio llorosa). ¿Qué has hecho?

ESCENA OCTAVA

Dichos y Leonor. (Al entrar Leonor, Ester, mira con temor alternativamente las hojas esparcidas por el suelo, y a su hermana y se va apartando de ella y de Ricardo). (Ricardo, conociendo sus pasos, finge absoluta calma y serenidad).

LEONOR

¿Qué es eso? *(Reparando en los pétalos regados).* Estas hojas esparcidas por el suelo... *(Ester se aparta más de Leonor).*

RICARDO

(Con aplomo fingido). Nada; le estaba dando a Ester una lección de botánica. Le explicaba, cómo dentro de una flor, hermosa al parecer, puede esconderse un gusano asqueroso. Y, para probárselo prácticamente, rompí la flor.

LEONOR

Y Ester ¿por qué se aleja? ¿Tiene miedo al gusano?

ESTER

Esa rosa... *(Lloriqueando y apartándose).*

RICARDO

(Impidiendo que hable). Sí; efectivamente. Ester temía al gusano.

LEONOR

(Con cariño). Tontuela; ven acá.

ESTER

¿No te enfadarás conmigo?

LEONOR

¿Por qué?

ESTER

Porque esa rosa es...

RICARDO

Es la que yo rompí.

ESTER

Sí; pero es la de Alberto. *(Ricardo trata de disimular su turbación. Leonor con cariñosa reconvención).*

LEONOR

¡Ah! Pícara; me la cogiste de mi habitación.

ESTER

(Sollozando). Sí; para dársela a Ricardo. Era muy bonita.

RICARDO

No lo era; digo; yo no veo; pero no debe de serlo.

LEONOR

(Acariciando a Ester). No te apures por eso, boba. Ya lo ves. A Ricardo no le ha gustado tu rosa. Ya traerá otra Alberto.

RICARDO

(Tratando de reprimir sus celos). No; Alberto no. Las de su jardín son venenosas. Ester traerá una del nuestro.

LEONOR

¿Y por qué son malas las rosas del jardín de Alberto? A mí me parecen muy bellas y delicadas.

RICARDO

(Sin poder reprimirse). ¿A tí? ¿Las de Alberto? *(calmándose repentinamente).* Está bien. Si a tí te gustan...

LEONOR

(Acercándose a Ricardo con afecto amistoso y familiar). Veo que estás algo alterado. ¿Qué te sucede? Dímelo, Ricardo...

RICARDO

(Levantándose). No tengo nada... La explicación... la rosa...; nada. Vamos a pasear un poco, Ester. Vamos. Hasta luego, Leonor.

LEONOR

Hasta luego.

ESCENA NOVENA

Leonor sola. (Queda pensativa contemplando las hojas esparcidas por el suelo).

"Las rosas del jardín de Alberto son venenosas". ¿Por qué? No lo comprendo. Esa turbación y alteración tan raras en él, que es siempre sereno y reposado; esa preocupación y reserva tan desacostumbradas... ¿Estará enamorado? ¿De quién? Es la primera vez, que al acercarme yo a él, se retira tan bruscamente. ¡Si supiera cuánto pienso en él! *(Exaltándose poco a poco).* ¡Qué alma tan grande y delicada la suya! ¡Qué inteligencia tan profunda! *(Queda de nuevo contemplando las hojas y moviéndolas ligeramente con los pies).* ¿Qué me vale quererlo? Todas estas hojas me parecen ilusiones; ilusiones que se marchitan.

ESCENA DECIMA

Leonor y Alberto.

LEONOR

(Como volviendo en sí). ¡Ah! ¿Es Ud.? ¿Qué cuenta de nuevo el enamorado Romeo?

ALBERTO

Vengo a darle las gracias.

LEONOR

¿De qué?

ALBERTO

Supongo que mi rosa estará ya en manos de Elvira.

LEONOR

(Con risa humorística). Mírela, mírela en dónde está. *(Señalando las hojas).*

ALBERTO

(Sobresaltado). ¿Cómo?; ¿ha sido ella? ¿Y Ud. se ríe?

LEONOR

Sí; me río. ¿Quién no se ríe de los enamorados? Si hasta los más listos se vuelven locos o tontos.

ALBERTO

Pero ¿ha sido ella? No se ría Leonor.

LEONOR

(Riéndose). Vamos a ver; ¿qué haría usted si hubiera sido Elvira?

ALBERTO

No lo sé; pero, por piedad, Leonor, dígame la verdad.

LEONOR

No fué Elvira.

ALBERTO

Entonces... ¿Usted?

LEONOR

Tonto de remate. ¿Usted cree que yo...?

ALBERTO

No; pedóneme, Leonor.

LEONOR

Ya estaba Ud. forjando una tragedia de la cosa más sencilla. A Ester le gustó la rosa. Me la robó traviesamente; y después...

ALBERTO

La rompió. *(Riéndose)*. ¡Cosas de niños! Dígame, Leonor ¿qué le parece a Ud.? ¿Me querrá Elvira?

LEONOR

¿Me querrá Elvira? *(Imitándolo)*. Ahí es nada la pregunta. ¿Ud. cree que es tan fácil averiguar si una mujer quiere de veras a un

hombre o si un hombre quiere de veras a una mujer? ¡Ah! ¡Si yo lo pudiera adivinar!

ALBERTO

Yo respondo de mí. Le juro que la quiero.

LEONOR

Yo no juro nada. Ud. sabe que soy optimista. Pero hay días en que siento también amagos de escepticismo y duda. Hoy es uno de ellos.

ALBERTO

¿Respecto a Elvira?

LEONOR

Respecto a Elvira; respecto a mí y respecto a todo.

ALBERTO

¿Pero ha dado ella algún indicio...? ¿Le ha dicho a Ud. algo? No me sorprendería de ello. Hace poco—ya lo vió Ud.—entró sin saludarme y después me habló dos o tres palabras como por compromiso.

LEONOR

Ud. no la conoce. Se complace en mortificarle a Ud. un poquito.

ALBERTO

¡Si no fuera más que un poquito! Si por eso tengo miedo de presentarme a ella. Temo sus desaires. Por eso acudo a Ud.

LEONOR

Y yo soy tan... buena, que me presto a hacer ese papel. Gracias que se trata de mi hermana y de Ud., que—no se vaya a poner hueco—es un joven muy aceptable.

ALBERTO

Gracias.

LEONOR

Ud. no conoce a Elvira. Le parecerá algunas veces esquiva, hasta arisca y huraña; pocas veces será con Ud. dulce y comunicativa.

ALBERTO

Todo eso; todas sus rarezas se las perdono. Es más; excitan en mí con mayor vehemencia el amor hacia ella. Me empalagan las mujeres almibaradas y monótonamente cariñosas.

LEONOR

Hace muy bien en dispensárselo todo. Quizás en esos mismos momentos en que más se esfuerza en desdeñarle, siente más simpatías por Ud.

ALBERTO

Es raro.

LEONOR

Pudiera comparar a Elvira, con un raudal de agua inquieto y bullidor que nace entre rocas. Salta de peña en peña, decidido, travieso, loco, deshaciéndose unas veces en gotas irisadas y otras en hirviente espuma. Encuentra aquí

un pedazo de terreno llano; se desliza sereno; gira y se tuerce después y vuelve a saltar y a chocar contra las piedras. Mas, ya brinque y se revuelva espumoso entre rocas, ya fluya tranquilo y apacible es la llanura, siempre va dejando a su paso su frescor sano y fecundante, por donde quiera que pasa; siempre su agua es limpia y saludable.

ALBERTO

Hermosa comparación. Así es; así me la forjo yo; que me desaire o me halague; que me mortifique y arañe hasta sacar sangre o me acaricie con una sola de sus miradas de fuego; siempre me enloquecerá y esclavizará.

LEONOR

Lo dicho, Romeo; aunque ella no se parezca nada a Julieta. No debe tardar en venir aquí.

ALBERTO

Entonces me voy; temo encontrarme con ella; no me atrevo a esperarla... yo quisiera... mas no puedo; no me atrevo. Adios. *(Vase por el foro).*

ESCENA UNDECIMA

Leonor, después Elvira.

LEONOR

¡Felices temores! Yo también temo; mas de cuán diverso modo. Al menos él...

ELVIRA

(Entra dando vivas muestras de alegría). Estoy contentísima. Soy feliz. ¿No ves cómo me retoza la alegría en la cara?

LEONOR

¡Que dure mucho! ¿Y cuál es la causa?

ELVIRA

Ya sabes que estoy preparando para mamá una guirnalda, que está quedando preciosa, monísima.

LEONOR

Dichosa tú que te alegras con tan poco. Una guirnalda basta para hacerte feliz, provisionalmente.

ELVIRA

Ya la verás, ya la verás. Vas a quedar embelesada. Siento ganas de reirme, de saltar. *(Transición).* Oye. ¿Por qué los poetas dirán que la vida es triste? ¡Mira que los poetas son memos!

LEONOR

Para que te alegres más, voy a darte una noticia.

ELVIRA

Si es alegre, dámela, dámela pronto.

LEONOR

Cuando tú llegaste, salía de aquí Alberto.

ELVIRA

(Con repentino enojo). Vaya; ya me has incomodado. ¿Para qué me nombras ahora a Alberto? Tan pesado, tan insufrible, tan intolerable, tan antipático...

LEONOR

¿No decía yo que tu alegría era provisional? Lo mismo que tu enojo de ahora.

ELVIRA

No; mi enojo no es provisional. Estoy incomodadísima... ¿Qué buscaría aquí ese mentecato? Ya va la cuarta vez que me lo encuentro. ¡Empalagoso!

LEONOR

Ahora no te lo has encontrado.

ELVIRA

Pues no debía haber salido. ¿Por qué se ha marchado?

LEONOR

¿En qué quedamos?

ELVIRA

En que no debió haberse ido. Luego, mucho mirar y mucho suspirar y mucha palabrería de amor. ¡Pegajoso! No lo quiero ver. Pero, dime ¿por qué se ha ido? ¿Tú crees que eso está bien?

Leonor

Si tú te lo dices todo Se marchó, porque te tiene miedo.

Elvira

(Más enfadada). ¿Miedo, miedo a mí? ¿Acaso soy yo alguna fiera? ¿Tengo yo cara de estantigua?

Leonor

Teme tus desaires, que le duelen de veras.

Elvira

¿Mis desaires? ¡Pobrecillo! Vaya con el niño gótico, con el muñequito de biscuit. Lo voy a poner bajo un fanal, para que no le dé el aire; a pasarle la mano por la cara, llamándole mi sol, mi cielo, mi remonono. ¡Mis desvíos! Que le duelan, que le pinchen, que le fastidien. *(Pausa)*. ¿Y cuándo le he desairado yo?

Leonor

No hace mucho; cuando entraste aquí; apenas le contestaste el saludo.

Elvira

Eso te lo dijo él.

Leonor

Lo ví yo.

Elvira

Se lo tiene bien merecido. No lleva una pocas cosas en la cabeza para estar pensando en saluditos y boberías.

LEONOR

Y sin embargo tú lo quieres.

ELVIRA

¿Yo quererlo? Puede que se lo crea. De seguro que se da tono publicando que me muero por él.

LEONOR

El no dice nada.

ELVIRA

Sí, sí; lo dice, lo repite y se infla proclamándolo a todos los vientos. ¿Quererlo yo cuando es más feo que Picio y más bobo que Gedeón?

LEONOR

No exageres. Tú estás muy convencida de que no es tan horroroso como lo pintas. ¿No encuentras en él algo que te agrade?

ELVIRA

Nada; es un adefesio de piés a cabeza.

LEONOR

Los ojos, por ejemplo, no los tiene tan desgraciados.

¿Los ojos? *(Vacilando)*. ¡Bueno!; pueden pasar. Es lo único bueno que tiene.

LEONOR

El cabello...

ELVIRA

¡Psch! Claro está que no es de esparto ni

mucho menos. Lo que pasa es que lo peina con cierta *negligé* que no deja de ser elegante.

LEONOR

Lo que es horrible es la frente.

ELVIRA

¿Cómo horrible? No digas eso, Leonor.

LEONOR

Sí; Elvira; no se puede ver.

ELVIRA

No consiento que me digas eso. Censúrale cualquier otra cosa, pero la frente, no. Es de lo mejor que tiene.

LEONOR

Es decir que según tú, es un modelo acabado de belleza.

ELVIRA

Tanto como eso... Y si lo asegurara, ¿qué?

LEONOR

¿Ves cómo lo quieres?

ELVIRA

(Algo desconcertada). ¿Quererlo? Si eso es amor...

LEONOR

Las señas son mortales. ¿Por qué te empeñas en negarlo?

ELVIRA

¡Bueno! Como te parezca.

LEONOR

¿Estás alegre otra vez?

ELVIRA

Ya lo creo que lo estoy. Se me olvidaba decirte lo principal. Mi mayor motivo de gozo.

LEONOR

A ver, a ver.

ELVIRA

Cuando fuí al jardín a recoger algunas flores que me faltaban para mi guirnalda, encontré allí a Riceardo.

LEONOR

(Con interés). ¿A Ricardo? ¿Qué más? ¿Estaba alegre?

ELVIRA

Mucho. Al principio noté en él cierta preocupación y tristeza, pero después se fué animando.

LEONOR

(Con fingida sonrisa, mezcla de dolor celoso). ¡Cuánto lo celebro! Cuéntame más...

ELVIRA

Se entusiasmó tanto, que él mismo me fué ayudando a hacer la guirnalda.

LEONOR

(Disimulando su dolor). Sigue, sigue...

ELVIRA

Estaba expansivo, humorístico como nunca. Nos reimos de veras. Hablamos de los versos de Manríquez, de los cuadros de Jacintico, de las travesuras de Ester, de las cursilerías de las de Rodríguez, de todo, de todo un poco.

LEONOR

(En tono de ansia angustiosa). ¿Y de mí, no te habló

ELVIRA

(Con ingenuidad). ¿De tí...? Pues, no me acuerdo... no, no me habló de tí.

LEONOR

(Tapa la cara con las manos para ocultar sus lágrimas). (Aparte) ¡No se acuerda de mí!

ELVIRA

¡Cuánto he gozado! ¡Qué simpático y agradable es Ricardo! *(Leonor oculta el rostro).* ¿No es verdad, Leonor? *(Sorprendida ante la actitud de su hermana).* ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? *(Acercándose a ella).*

LEONOR

(Ocultando más el rostro). ¡Nada!

ELVIRA

(Cogiéndole las manos cariñosamente y apartándoselas del rostro). ¿Estás llorando, Leonor?

LEONOR

(Tratando de sonreir y enjugándose las lágrimas). ¿Llorar yo? No. Ya lo ves. Me sonrío. Estoy tan alegre como tú y como Ricardo.

ELVIRA

No disimules, mujer. *(Repentinamente como quien lo comprende todo).* ¡Ah! Tú quieres a Ricardo. No, no me lo niegues. ¿Acaso es un delito? Y aunque lo fuera. ¿Me lo habías de ocultar a mí? ¡Ea! Yo soy el sacerdote y tú la penitente. Desde luego te absuelvo de todo.

LEONOR

Sí; lo amo, lo amo con toda el alma, con todos mis sentidos. He luchado por ocultarlo, mas no puedo. Tú eres la única que lo sabe y nadie más.

ELVIRA

¿Y Ricardo?

LEONOR

Tampoco.

ELVIRA

¿Y él te ha dado algún indicio?

LEONOR

De amor, ninguno. Al contrario; he notado en él que tan expansivo y cariñoso era conmigo,

cierta seriedad, cierto despego y reserva que no acierto a comprender, y que me hacen mucho daño.

ELVIRA

Puede ser que sean efectos del amor. A estos filósofos no hay quién los entienda. Verás como yo lo arreglo.

LEONOR

¿Qué vas a hacer?

ELVIRA

La cosa más sencilla. Soy enemiga de situaciones indecisas. Veré a Ricardo y le diré: Señor sabio, ¿para qué le sirve a Ud. todo su talento y toda su ciencia, si no llega Ud. a comprender lo que salta a los ojos, lo que yo he comprendido?—"¿Qué?"—responderá él, atontado. Que Leonor está sufriendo por Ud. y Ud. no se lo merece.

LEONOR

(Alarmada y decidida). No, Elvira. De ningún modo. Te lo prohibo.

ELVIRA

(En tono humorístico). No admito prohibiciones; y menos de tí. *(Cariñosamente).* Verás, verás, tonta, cómo lo arreglo todo en seguida.

LEONOR

Por lo que más quieras, Elvira; por nuestro cariño de hermanas. No hagas eso. Te lo suplico, te lo ruego.

ELVIRA

(Formal). Si me lo dices así, tan seria, tan resueltamente.

LEONOR

Con la más honda decisión.

ELVIRA

Está bien; no hablemos más de eso. Pero a la verdad que me parece una tontería sufrir por gusto. Y el bobo de Ricardo, tan fresco.

LEONOR

¿Qué se le va a hacer? Paciencia. A las mujeres, nos tocan siempre los papeles tristes.

ELVIRA

Menos a mí. Yo no sufro por ningún hombre. Prefiero ser yo quien los mortifique.

LEONOR

(Repentinamente). Dime, Elvira. ¿Ricardo no te ha hablado nunca de amor? ¿No te ha dicho que...?

ELVIRA

¿Que te quiere? No; no recuerdo que me lo haya dicho nunca; pero no seas tonta. Ya te lo dirá.

LEONOR

No; si no me comprendes. No; es... algo peor que... me consume... que me atormenta.

Elvira

¿Qué es ello, Leonor? No me asustes.

Leonor

(Haciendo un esfuerzo para contenerse). Nada, nada, Elvira. Ya pasó todo. Ya no sufro. ¿Lo ves? Ya me río; ya brilla en mis ojos la alegría; ya estoy contenta.

Elvira

Así quiero verte.

ESCENA DUODECIMA

(Leonor y Elvira llegan cogidas del brazo hasta la puerta del foro, donde aparecen Ricardo y Manríquez. Leonor al verlos, reprime un grito).

Leonor

¡Ah!

Manriquez

Feliz encuentro.

Elvira

Ibamos al jardín.

Ricardo

(Del brazo de Manríquez). ¿Es Elvira...?

Elvira

Acompañada de Leonor.

RICARDO

¡Ah! Siéntame, Manríquez.

LEONOR

(Contemplando a Ricardo). ¿Lo ves?

ELVIRA

Vamos, tonta. *(Salen)*.

ESCENA DECIMATERCERA

Ricardo y Manríquez

RICARDO

(Queda abstraído).

MANRIQUEZ

(Contemplando a las que salen). Lo dicho; es una mujer ideal, amigo Ricardo, ideal como ninguna, hermosa como ninguna, espiritual como ninguna.

RICARDO

¿Qué dices?

MANRIQUEZ

Hablo de Leonor.

RICARDO

¿De Leonor?

MANRIQUEZ

Sí; amigo Ricardo. Es una mujer encantadora, en la que la belleza del cuerpo corre pareja con la del alma.

RICARDO

¿Acaso conoces tú el alma de Leonor? ¿Crees tú que el alma de una mujer, puede conocerse así, tan fácilmente?

MANRIQUEZ

Comprendo que es harto difícil, pero yo soy amigo íntimo de la casa; he podido tratarla muy de cerca.

MANRIQUEZ

¡Qué poca experiencia tienes! Yo llevo diez años viviendo donde ella vive, diez años sin que un solo día, uno solo, haya dejado de escuchar su voz, compartir con ella mis alegrías y penas; y sin embargo, su alma para mí es un enigma. Y tú afirmas que la conoces.

MANRIQUEZ

Es verdad; pero yo no profundizo tanto. Me contento con saber que es hermosa y buena; eso me basta; digo yo.

RICARDO

(Sonriente). ¿Estás enamorado de ella?

MANRIQUEZ

¿Por qué te lo voy á negar? Lo estoy.

RICARDO

¿Conque... también tú?

MANRIQUEZ

También yo. Tienes razón en sorprenderte. Sé

que poco o nada he de obtener de ella. No soy tan tonto que deje de comprender que Leonor y Alberto se netienden.

RICARDO

(Se vuelve con el semblante descompuesto y en el frenesí de su desesperación agarra la silla donde está Manríquez y lo hace llegar junto a él). ¿Que se entienden? ¿Ella y Alberto? Sí; tú lo has dicho; tú tienes que saberlo. Acércate, acércate más; quiero que me repitas eso de "Leonor y Alberto se entienden"; que me lo expliques. Anda; date prisa, mucha prisa... ¿Qué es lo que sabes?

MANRIQUEZ

(Aturdido). Pero... Ricardo... ¿Acaso te molesta saber...?

RICARDO

No; al contrario; me interesa muy mucho cuanto a Leonor y Alberto se refiere. Cuéntame punto por punto todo lo que sepas, sin omitir ni un detalle; sin mentir, porque si mientes... Mas, no mentirás. Conque Alberto y Leonor se entienden, se quieren ¿no es verdad? Se aman, se buscan, se atraen mutuamente para confundirse en sus miradas; y ella, sí, como si lo viera; ella, Leonor...

MANRIQUEZ

No te exaltes; ni que estuvieras celoso.

RICARDO

Te he dicho que me intereso de veras por ellos

y esto debe bastarte; pero te obligo a que me lo aclares absolutamente todo.

MANRIQUEZ

A la verdad. Alberto y Leonor casi siempre están juntos...

RICARDO

Siempre juntos; así, sigue, sigue...

MANRIQUEZ

Aquí algunas veces, otras en el jardín...

RICARDO

¿En el jardín?

MANRIQUEZ

Y, no sé por qué; pero él siempre le habla bajo; murmura en sus oídos algo significativo; digo yo. Y dos que se miran...

RICARDO

¡Que se miran!

MANRIQUEZ

Que hablan bajo... no cabe duda; se quieren.

RICARDO

(Desesperado). ¡Mentira! ¡No puede ser! *(Pausa). (Transición).* En fin, es verdad; no tiene nada de raro; ella es hermosa, él tiene talento, se ven a diario, no es extraño que se quieran.

MANRIQUEZ

Ricardo, tranquilízate... yo siento mucho...

RICARDO

Mira, déjame, quiero estar solo, solo...

MANRIQUEZ

¡Bien!; adiós. *(Se encuentra con Alberto y sale).*

ESCENA ULTIMA

Ricardo y Alberto.

ALBERTO

¡Ah! Ricardo; querido amigo mío; estréchame la mano.

RICARDO

(Queda un momento perplejo y dice después con vehemencia, pero sin gritos). Sí; te estrecharé no una mano sino las dos; para estrujártelas.

ALBERTO

(Forcejeando por desasir sus manos de las de Ricardo y sorprendido). Ricardo; suelta, que me haces daño.

RICARDO

(Apretándole más las manos y los brazos y sacudiéndole). Eso es lo que quiero; hacerte daño. Más, mucho más me lo has hecho tú. ¡Ah! Si quisiera morderte. *(Lo acurruca hacia la mesa).*

ALBERTO

(Con dignidad y dolor). ¡Ya no sufro más! Te creía amigo mío...

RICARDO

¿Tú... amigo mío? Quisiera no estar ciego, para ver qué cara pones al decirlo. ¿Amigo? ¡Traidor!

ALBERTO

¡Ricardo!

RICARDO

Traidor; sí; porque era mía y me la robaste; la amaba y me arrancaste su cariño.

ALBERTO

(En tono de profunda compasión). ¡Ah! ¿Tú también la amas? ¿Amas a ella?

RICARDO

(Queriendo taparle la boca). (Reprimiéndose y dejándose caer en un sillón desfallecido). Sí... ¡la amo!

ALBERTO

(Mirándolo compasivamente). ¡Ah! ¡Pobre amigo mío!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primer acto. Aparece Don Fernando sentado a una mesa de la derecha, donde habrá recado de escribir, papel, etc. Manríquez, con el mismo traje que en el primer acto, al lado opuesto de Don Fernando.

ESCENA PRIMERA

Don Fernando, Manríquez y Jacintico.

FERNANDO

Ahora que estamos solos podemos trabajar un rato.

MANRIQUEZ

Ya sé que sudó Ud. la gota gorda por encontrarme.

FERNANDO

No me diga Ud. nada. Desde esta mañana temprano he estado dando vueltas en busca de Ud. Llegué a la redacción y acababa Ud. de salir. Fuí a su casa y me dijeron que había usted ido a ver a sus tíos: corro a casa de sus tíos, y tampoco; marcho a la carrera al café *Louvre* y tampoco.

MANRIQUEZ

Pero al fin y al cabo dió Ud. conmigo.

FERNANDO

Después de gastarme cuatro o cinco pesetas en coche.

MANRIQUEZ

Lo siento, D. Fernando, lo siento.

FERNANDO

Quien lo siente soy yo. Pero eso importa poco. Vamos al caso. Ya sabe Ud. que mi socio tiene que pronunciar mañana un discurso de esos que han de agitar las masas populares. Quiere ser Alcalde.

MANRIQUEZ

Con el que yo le voy a preparar, me parece que obtendrá la mayoría.

FERNANDO

Entonces empecemos. *(Toma la pluma y escribe).* "Señores".

JACINTICO

(Entra por la izquierda silbando). (A Manríquez). Muy buenos días, poeta. ¿Cómo estás?

MANRIQUEZ

Regular. ¿Vas a clase?

JACINTICO

No; tengo que dar los últimos toques al cuadro de Leonor. Me está quedando a las mil maravillas. ¿Qué hora tiene Ud., padre?

FERNANDO

Me dejé el reloj en el cuarto.

JACINTICO

Y tú, Manríquez, ¿te lo dejaste también en el cuarto?

MANRIQUEZ

No; lo tengo en la imprenta.

JACINTICO

Conque en la imprenta ¿eh?; y este de casa es tan haragán que siempre se para.

FERNANDO

Bueno; arréglalo tú si quieres y déjanos, que tenemos que trabajar.

MANRIQUEZ

Estamos preparando un discurso.

JACINTICO

Buen provecho. *(Se encarama en una silla y se pone a arreglar el reloj, cuidando de darle solo cuerda a la hora para que cuando lo indique el diálogo, tocando el resorte, haga sonar la campana).*

FERNANDO

(Escribiendo). "Señores".

MANRIQUEZ

"Señores". *(Se pasea con las manos en los*

bolsillos. Un momento de pausa en el que Don Fernando sigue los pasos de Manríquez).

FERNANDO

¡Ah!; ¿pero ahora va Ud. a pasear?

MANRIQUEZ

No; es que necesito una idea, una sola, la primera, después...

FERNANDO

La segunda.

MANRIQUEZ

No le quepa duda; será un discurso que dará la hora. No digo yo si dará la hora. *(El reloj toca una hora).*

FERNANDO

Conque quedamos en...

MANRIQUEZ

En "Señores".

FERNANDO

Pues adelante.

MANRIQUEZ

¡Ah! Ya la tengo. Ponga Ud.

FERNANDO

Vamos allá.

MANRIQUEZ

Por primera vez en mi vida "me paro"...

FERNANDO

(Escribiendo). "Me paro". *(Manríquez se pasea).*

MANRIQUEZ

En mi vida... me paro... me paro...

FERNANDO

Pero siéntese Ud.

MANRIQUEZ

(Sentándose). Me paro...

JACINTICO

(Mirando el reloj). ¡Vaya! ¡Ya se paró otra vez!

MANRIQUEZ

"Me paro en esta tribuna ante público tan numeroso y confieso"...

FERNANDO

(Escribiendo). Eso...

MANRIQUEZ

Eso, eso.

FERNANDO

¿Qué?

MANRIQUEZ

Confieso que me siento... *(Levantándose).*

FERNANDO

Pues siéntese ¡por Dios!

MANRIQUEZ

"Que me siento..." *(El reloj da otra hora. Don Fernando se impacienta).* "A la par que orgulloso..."

FERNANDO

(Escribiendo). "Oso..."

MANRIQUEZ

"Confundido.."

FERNANDO

(Escribiendo) "ido..."

MANRIQUEZ

Se me ha ido, se me ha ido. *(Tocándose la frente). (El reloj da otra hora).*

FERNANDO

(A Jacintico). Pero, hombre ¿vas a seguir?

MANRIQUEZ

(Creyéndose aludido). Voy, voy Don Fernando; es que se me ha ido.

FERNANDO

Si se lo digo a aquél que está con la maldita campana dale que dale.

JACINTICO

Ya acabo, padre, ya me voy.

MANRIQUEZ

Léame Ud. eso; que se me ha perdido el hilo.

FERNANDO

(Leyendo). "Señores. Por primera vez en mi vida me paro ante público tan numeroso y confieso que me siento orgulloso y confundido".

MANRIQUEZ

Confundido... Confundido...

JACINTICO

Ya lo creo que estás confundido. ¡Abur! *(Dándole en el hombro). (Vase).*

ESCENA SEGUNDA

Dichos menos Jacintico.

MANRIQUEZ

¿Otra vez?

FERNANDO

(Escribiendo). "Confundido otra vez".

MANRIQUEZ

No; otra vez no; una sola vez.

FERNANDO

(Escribiendo). "Una sola vez".

MANRIQUEZ

No, hombre, ninguna vez; si se lo decía a Jacintico.

FERNANDO

¡Qué diablos te traes, Jacintico!

MANRIQUEZ

¡Ah! ya vino otra vez. *(Tocándose la frente).*

FERNANDO

(Levantándose furioso). ¡Jacintico, a ver si te marchas!

MANRIQUEZ

No, hombre; si digo que vino otra vez la idea para que la ponga Ud. antes de que se vaya.

FERNANDO

Si yo no me voy a ninguna parte.

MANRIQUEZ

(Dictando). "Pueblo, amado pueblo, pueblo amado..."

FERNANDO

(Escribiendo). "Pueblo amado..."

MANRIQUEZ

"Voy a exponer con verdadero ardimiento..."

FERNANDO

(Escribiendo). "Ardimiento".

MANRIQUEZ

"Miento..."

FERNANDO

¿En qué quedamos?

MANRIQUEZ

"Ardimiento, lo mucho que con la Alcaldía de mi socio, digo, del socio de Ud., digo, del Señor Regúlez, ha de ganar la causa patria".

FERNANDO

(Escribiendo). "Patria".

MANRIQUEZ

(Como si pronunciara el discurso). "Patria. ¡Ah, la patria!; la patria está perdida, señores; la patria cada día está más próxima a caer en el fondo del abismo; la patria está herida, moribunda, la patria se consume..."

FERNANDO

¡Y Ud. me está consumiendo a mí! ¡Ea! Basta de lata. Si mi socio quiere ser Alcalde, que le haga los discursos su abuela.

MANRIQUEZ

Pero, D. Fernando, si estaba en lo mejor.

FERNANDO

Pues si eso es lo mejor, al final del discurso, será Ud. quien va a quedar herido, aporreado y moribundo. Lo dicho: ¿a mí qué me importa la Alcaldía y los discursos y la patria? ¡Se acabó!

MANRIQUEZ

¡Qué va Ud. a hacer!

FERNANDO

Nada. *(Transición). (Con triste gravedad).* Hay otros asuntos que me interesan y preocupan más que todas estas zarandajas.

MANRIQUEZ

¿Cuál?... ¿Ricardo persiste todavía en la idea de dejar a Uds.?

FERNANDO

Sí; no hay quién se lo quite de la cabeza.

MANRIQUEZ

¿Y la causa?

FERNANDO

Si yo la supiera...; que quiere cambiar de lugar, de aire, que desea ver a sus tíos de Villareal; tíos que nunca se han acordado de él; tíos que son unos verdaderos tíos; que aquí no sirve más que de estorbo. Esto es lo que más me duele. Estorbar él, cuando es lo que más vale en la casa. Estorbar él, con ese talentazo que Dios le dió. Aquí debe de haber gato encerrado. ¿Qué te parece, Manríquez?

MANRIQUEZ

(Con gravedad). Que hay gato encerrado es indudable; digo yo.

FERNANDO

¿Cuál es? ¿Tú sabes algo?

MANRIQUEZ

Pues... no lo sé.

FERNANDO

Tú nunca sabes nada.

MANRIQUEZ

Ud. tampoco lo sabe.

FERNANDO

Pero lo averiguaré. Voy a tener otra entrevista con él; la decisiva. *(Transición)*. Y Alberto anda huído. Es raro lo que en esta casa está sucediendo. Y yo, como siempre; sin enterarme de nada, y mi mujer rezando.

MANRIQUEZ

Lo de Alberto no me sorprende. Habrá reñido con su novia.

FERNANDO

¿Quién es su novia?

MANRIQUEZ

¿También lo ignora Ud.? Hace tiempo que yo lo sé.

FERNANDO

¡Bueno! ¿Quién es?

MANRIQUEZ

Leonor.

FERNANDO

¿Mi hija? ¡Estoy aviado! ¿Y cómo no me he enterado de ello? Supongo que lo sabrá mi mujer. A ella le pertenecen estos asuntos. A mí lo que me trae loco es lo de Ricardo. No debe de tardar en llegar. Quedó en verse conmigo. Lo dicho; ahí viene.

ESCENA TERCERA

Dichos Ricardo y Gertrudis. (Ricardo entra del brazo de Doña Gertrudis).

GERTRUDIS

Buenos días, Manríquez. Aquí lo tienes.

FERNANDO

(A Gertrudis). ¿Y qué? ¿Le has convencido?

GERTRUDIS

De ningún modo. No admite razones. Ni mis promesas a la Vírgen, ni mis plegarias han valido para nada.

MANRIQUEZ

Ya se convencerá. Con permiso de Uds. me retiro. Adiós, Ricardo.

RICARDO

Adiós, Manríquez.

ESCENA CUARTA

Dichos menos Manríquez.

FERNANDO

Vamos a ver, amigo Ricardo. No puedo consentir que te alejes de nuestro lado.

GERTRUDIS

Ni yo tampoco, hijo mío.

RICARDO

Es preciso; ya me determiné a ello. Ya escribí a mis tíos.

FERNANDO

Si no es más que por eso, con escribirles que no vas, está todo arreglado. Déjame hacer a mí. Ya sabes que tus tíos y nosotros estamos políticos; pero no importa; por tí me hago yo amigo hasta del diablo.

GERTRUDIS

¡Jesús!

RICARDO

No puede ser.

FERNANDO

¿Que no? Ya lo verás ahora mismo. *(Se levanta como para buscar tintero y papel).*

RICARDO

No; D. Fernando; lo siento en el alma. Permítame que una vez en la vida le contraríe.

FERNANDO

¿Crees tú que te lo podemos permitir? De una prenda como tú, no se deshace uno tan fácilmente. ¡Diez años a nuestro lado! ¡Diez años de vida íntima, de cariño entrañable, de gozo y de orgullo en llamarte hijo! ¡Diez años llenos de dichosos recuerdos! ¿Crees tú que se pueden arrancar de un tirón? *(Emocionado)*. ¡Ni que fuera uno de piedra!

GERTRUDIS

(Medio llorosa). Eso es.

RICARDO

Lo sé, lo sé muy bien. Todo eso lo he pensado yo, antes que ustedes.

FERNANDO

Y sin embargo quieres dejarnos. Y ni siquiera nos concedes la franqueza de decirnos la verdadera causa de tu resolución.

RICARDO

Ya la he dicho.

FERNANDO

No; has fingido un pretexto. Tú nos ocultas algo muy grave. Te conozco muy bien y no puedo pensar que obres ligeramente en asunto tan delicado... ¿Es que estás quejoso de nosotros? ¿Te hemos ofendido en algo?

RICARDO

¿Ofenderme Uds.? Si no hay en la tierra pa-

dres que quieran tanto a sus hijos como Uds. a mí. Si les debo a Uds. lo poco que valgo; mis modestos conocimientos, el aprecio en que me tienen mis amigos, mis días más felices; si hasta la ropa que traigo en mi cuerpo me la han dado Uds.; si por Uds. no he echado nunca de menos a mis padres.

Gertrudis

(Enternecida). Basta, Ricardo.

Fernando

Sí; basta. Todo eso no vale nada. Más mereces tú todavía. Dispénsame que te lo haya recordado. Pero tú conoces mi carácter. He sido siempre un tanto despreocupado en las cosas de mi casa. Mi mujer es una santa, demasiado santa, y las misas y los rezos y las limosnas absorben toda su atención. Por eso quizás, inconscientemente ha ocurrido algo en mi casa que te ha disgustado. Si así es, dispénsanos, perdónanos... Ya que hablaste de tu pobre madre, hazlo por ella.

Gertrudis

Sí, Ricardo, por ella.

Ricardo

Por Dios, Don Fernando, Doña Gertrudis. ¿Yo perdonarlos? ¿Yo que soy tan ingrato que les estoy haciendo sufrir y llorar a Uds.? No hablen de perdón; se lo suplico.

Fernando

(Enjugándose las lágrimas). Pues es verdad

que... ¿Seré yo tonto? Vamos, mujer, no llores; esto se acabó; Ricardo se queda.

GERTRUDIS

(Gozosa). ¡Sí! ¿Es verdad que te quedas?

RICARDO

¿Quién es capaz de resistir a las lágrimas de Uds.?

FERNANDO

(Con alegría repentina). ¡Ah! Si todavía no estás convencido, ahí va una noticia que te ha de atar de piés y manos a nuestro lado.

RICARDO

Venga, venga la noticia.

FERNANDO

Prepárate, que es muy gorda; un bombazo.

FERNANDO

Que Alberto y Leonor... ¿Me entiendes?

RICARDO

(Disimulando sus celos). No; no lo entiendo. *(Aparte).* ¡Comienza otra vez el tormento!

FERNANDO

Pues, chico, parece mentira... eres muy cándido en estas cuestiones. ¿A que mi mujer me entiende?

GERTRUDIS

No lo entiendo tampoco.

FERNANDO

Que Leonor y Alberto... me lo dijo Manríquez hace poco.

RICARDO

(Desahogando algo sus celos). Ese imbécil no puede decir nada bueno.

FERNANDO

Esta vez, sí.

GERTRUDIS

Acaba ya.

FERNANDO

Pues que Leonor y Alberto se quieren.

RICARDO

(Con ira reprimida). ¿Conque se quieren? ¿Y lo ha dicho el tonto de Manríquez?

GERTRUDIS

¿Por qué ha de ser tonto? Ahora comprendo yo las frecuentes visitas de Alberto; sus conversaciones con Leonor, sus miradas.

RICARDO

(Con gozo irónico). ¡Ah! ¿Ud. también lo dice? ¿Y sabe que se visitan y se hablan y se miran y se...? ¡Qué felicidad! ¡Qué dicha! ¡Qué alegría! Les felicito a Uds... y a ellos. Si no me cabe el gozo en el cuerpo.

FERNANDO

Me lo suponía. ¡No te decía yo que la noticia era un bombazo!

RICARDO

(Sardónico). Ya lo creo que es un bombazo. Y fuerte; tan fuerte que casi no lo puedo resistir. Quisiera ir muy lejos de aquí, muy lejos.

FERNANDO

¿Otra vez piensas en marcharte?

RICARDO

(Con calma). Sí; feliciten Uds. de mi parte a Leonor y Alberto.

FERNANDO

Está bien. Serénate, Ricardo. ¿Quieres venir con nosotros?

RICARDO

No; me quedo. Gracias, gracias por todo.

FERNANDO

Déjate de gracias, tontuelo. Adiós. *(Vanse por la izquierda).*

ESCENA QUINTA

(Ricardo solo).

¡Que me quede! ¡Y Alberto y Leonor se quieren y se casarán! Si aun yendo al fin del mun-

do, la distancia entre ellos y yo me parecería pequeña. Lejos, muy lejos de ellos, donde pueda respirar, donde pueda desahogarme a solas, donde acabe de matar mis más amadas ilusiones, y olvidarla. *(Pausa)*. ¿Olvidarla? ¡Es tan difícil! Si todo mi ser está lleno de ella, de Leonor. Parece mentira que una mujer tan angelical, sea capaz de encender este infierno en el alma. *(Pausa)*. Es que yo no la conozco. Y hablamos después muy ufanos, del talento, de la ciencia. Y los que más nos envanecemos de sabios, somos los más imbéciles en estas cuestiones. ¿Qué habrá estudiado Alberto para ganarse su cariño, para robármelo? ¡Ah! Deben de ser de mucha fuerza en el amor las miradas tiernas; los ojos hermosos. Y yo, pobre de mí, estoy ciego. *(Queda con la cabeza apoyada entre sus manos)*.

ESCENA SEXTA

Ricardo y Ester. (Ester entra de puntillas juguetona y traviesa; se acerca por detrás de Ricardo y le hace cosquillas en el cuello).

RICARDO

(En tono serio y seco) ¿Quién anda aquí? *(Ester le pellizca suavemente en el brazo)*. ¿Es broma o burla? *(Ester vuelve a hacer el mismo juego)* ¡No puede ser más oportuno el juego! *(Ester suelta la risa)*. *(Con sequedad)*. ¡Ah! ¿Eres tú?

ESTER

Sí, tonto; no me conociste. *(Lo acaricia)*.

RICARDO

Déjame. *(Ester sigue acariciándolo).* Déjame, Ester. ¿Estás de bromas hoy, no es verdad? *(Ester se contiene y se pone seria).* Pues yo no lo estoy tanto. *(Ester se retira algo).* Los juegos tienen su tiempo, y esta no es la ocasión más oportuna.

ESTER

(En tono algo lloroso). ¿Te has incomodado conmigo?

RICARDO

No lo sé.

ESTER

(Sollozando). Como siempre juego contigo...

RICARDO

(En tono más blando). Sí; pero...

ESTER

(Llorando). Ya no me quieres... me voy.

RICARDO

(En tono cariñoso). No, no te vayas, Ester; ven aquí.

ESTER

No quiero. Te has enfadado conmigo; me has reñido.

RICARDO

(Buscándola). ¿Reñirte yo a tí? Es que estaba distraído, preocupado. Ven, ven a mis brazos. ¡Necesito tanto tu cariño! No te vayas, Ester.

Ester

Júrame que me quieres como antes.

Ricardo

Te lo juro. *(Ester corre a los brazos de Ricardo). (Este la estrecha fuertemente y la besa).* ¡Ah! ¡Si supieras cómo me alivian estos besos! *(Pausa).*

Ester

¿No te enfadarás otra vez?

Ricardo

Jamás. Siéntate cerca, muy cerca de mí. Tú eres la única que no me hace sufrir, la única a quien puedo querer, acariciar y besar sin miedo ninguno. Tú no eres falsa.

Ester

Ni lo seré nunca.

Ricardo

¡Quién sabe! ¡Los años hacen cambiar tanto las personas! ¡Son las mujeres tan diferentes de las niñas!

Ester

¿Dudas de mí!

Ricardo

No; no quiero dudar. A tu lado no hay más que creencias, fe, candor, consuelo. *(Transición).* Tú eres muy linda. ¿No es verdad?

Ester

(Con candorosa coquetería). Dicen que sí.

Ricardo

Tienes una carita de angel. También otras la tienen. También otras son bellas, y sin embargo...

Ester

¿Qué?

Ricardo

Nada. Que siempre me querrás mucho; que siempre serás buena; tan buena como tu mamá, tan buena como...

Ester

¿Como Leonor?

Ricardo

(Con repentino dolor). ¿Leonor? No; como ella no.

Ester

¿Por qué? ¿No decías que era muy buena Leonor? ¿No decías que la querías tanto como a mí?

Ricardo

(Interrumpiéndola). Más que a tí. *(Pausa).* Y a pesar de todo aun la quiero. *(Transición).* Pero no hablemos de Leonor; de tí sola.

Ester

Dime, Ricardo; ¿por qué Leonor no juega ya conmigo y está tan seria, sin salir apenas de su habitación?

Ricardo

¿Está seria y triste Leonor? No; al contrario.

Ella debe de estar alegre, muy alegre. ¿Y Alberto? *(Marcando la frase).* Mi amigo Alberto ¿no viene a casa?

ESTER

No.

RICARDO

Tienes razón; Leonor está seria y triste; por eso no juega contigo; por eso apenas sale de su habitación. No te aflijas. En cambio me tienes a mí que te beso y te acaricio con más cariño que nunca. *(Transición).* Y si yo me marchase muy lejos de aquí ¿qué harías tú, Ester?

ESTER

Me iría contigo.

RICARDO

No podría ser. ¿Cómo ibas a dejar a tus papás y a tus hermanas?

ESTER

(Con decisión). Pero tú no te irás. No lo permitiré yo. ¡Dejar a tu Ester! No quiero. No puede ser. *(Pausa. Ricardo tapa la cara con las manos para ocultar su dolor).* Vamos; dime que no te marcharás.

RICARDO

(Con mucha ternura). ¡Calla, Ester!, mi guía, mi compañera, mi único angel bueno. ¡Bendita imagen de la niñez!; de los días en que corrí feliz y alegre por ese jardín, por esos corredores; de aquellos días en que veía y lo encontraba todo risueño, sin sombras, sin desengaños. *(Pausa).*

ESCENA SEPTIMA

Dichos y Jacintico. (Entra con un cuadro en la mano sin fijarse ni en Ricardo ni en Ester).

Jacintico

(Mirando el cuadro). ¡Este si que ha salido bien! Que vengan ahora a reirse de mí. ¿Qué valen Velázquez y Ticiano a mi lado?

Ester

(Yendo hacia Jacintico). ¿Qué es eso, Jacintico?

Jacintico

Pues, esto es una maravilla. Mira. *(Enseñándole el cuadro).*

Ester

¡Es Leonor!

Jacintico

La misma en persona.

Ricardo

(Aparte). ¿Otra vez Leonor? Su nombre suena en todas partes.

Jacintico

Mira; sus labios hablan, su boca sonríe.

Ester

Es verdad.

RICARDO

(Aparte). Su boca sonríe...

JACINTICO

Sus ojos pestañean. La misma, es la misma Leonor.

ESTER

¡Ah, Ricardo! ¡Si tú la pudieras ver!

RICARDO

(Aparte). ¡Cuánto diera yo por verla, aunque fuera en imagen!

ESTER

Está muy hermosa.

RICARDO

¿De veras?

JACINTICO

Ya lo creo. Eso me dijo Alberto, a quien se lo acabo de enseñar en su casa.

RICARDO

(Disimulando los celos; pero nervioso). ¿Conque le parece hermosa? ¡Cómo no!
Vamos, Ester. Adiós, Jacintico. *(Mutis Ricardo y Ester).*

ESCENA OCTAVA

Jacintico después Leonor y Elvira.

JACINTICO

Estoy que no quepo de gozo y orgullo. Y, ¡vaya, si he de pintar a Alberto y a Ricardo! Y después a papá, a mamá, a Elvira, a Ester y a toda la familia. *(Mirando otra vez el cuadro).* Mi trabajito me ha costado; pero al fin triunfé. Mía es la gloria. *(Pausa).* Alberto me ha dicho, que debía haber puesto más sombra en la cejas. y que a los ojos les falta expresión. Y que... Pero esos son peccata minuta. *(Queda contemplando el cuadro con gestos de cómica vanidad). (Entran Leonor y Elvira, por la derecha hablando. Leonor con rostro de preocupación y tristeza. Elvira disgustada. No reparan en Jacintico).*

ELVIRA

Y Alberto sin venir. Se ha empeñado en mortificarme.

LEONOR

Ya vendrá, mujer.

ELVIRA

Es muy testarudo. Hoy le he escrito la tercera carta, llamándole. Si esta vez no me hace caso, se acabó todo. Que no se vuelva a acordar más de mí. *(Jacintico vuelve la cabeza y ve a Elvira y a Leonor).*

JACINTICO

(Enseñándole el cuadro muy orgulloso). ¡Glo-

ria al triunfador! ¡Gloria al talento! ¡Mirad aquí y pasmaos!

LEONOR

¿Ya lo concluiste? *(Mira con indiferencia y distracción).* No está tan malo. Se me parece algo.

JACINTICO

¿Cómo algo? Es tu persona. Me lo acaban de decir Manríquez, Alberto y Ester.
(Enojado al ver la indiferencia de Elvira y Leonor). Veo que estais muy sosas. No sabeis apreciar el mérito.

LEONOR

Si lo estamos mirando.

JACINTICO

(A Leonor). Fíjate bien. *(Sin mirar ni a Leonor ni a Elvira).* Estos cabellos son los tuyos. Observa la naturalidad con que te cae este rizo sobre la frente. ¿Qué me dices de estos graciosísimos hoyuelos? ¿Qué de estos labios tan frescos y tan artísticamente risueños? ¿Qué de estos dientes que asoman entre ellos, tan iguales, tan blancos? ¿Qué de esos ojos tan llenos de luz y expresión? ¿Qué de la nariz, de las manos, de los pliegues del vestido, de los piés, de las sombras, de los claro oscuros, de... *(En el colmo del entusiasmo vuelve la cabeza y encuentra a Elvira y a Leonor ensimismadas mirando a otra parte, y hace un gesto cómico de ira y despecho).*

¡Muy bien! Me he lucido. Sólo me faltaba ya que me volvieseis la espalda y me dejaseis con la palabra en la boca.

LEONOR

Pero, Jacintico...

JACINTICO

Nada, nada. La culpa la tengo yo que derrocho todo mi ingenio y mi saliva con quienes ni saben apreciar ni sentir el arte. Abur.

ESCENA NOVENA

Leonor y Elvira.

LEONOR

¡Pobre Jacintico!

ELVIRA

¡Está una buena para andar ahora mirando cuadritos y chapucerías! Y Alberto no viene.

LEONOR

Y Ricardo cada vez más celoso de Alberto y decidido resueltamente a marcharse. Y yo cruzada de brazos consumiéndome sin voluntad para nada. Sin atreverme a verlo, a hablarle, huyendo de él, como si hubiera cometido algún crimen.

ELVIRA

(Se sienta y se levanta nerviosamente mirando unas veces a la puerta, paseando otras).

No asoma. ¿Qué le habrá pasado? Esto es inexplicable; antes me buscaba a todas horas. No me dejaba en paz. En todas partes me lo encontraba. Era una mosca pegajosa. En cuanto ha probado una dedada de miel, ha tendido el vuelo y soy yo la que ando tras él. ¡Tonta de mí! ¡Sufrir yo por él! *(Transición)*. Oye, Leonor. Se me ocurre una idea. Sí; es verdad. Tiene que dar resultado.

LEONOR

¿Qué dices?

ELVIRA

Escribe tú una carta en mi nombre a Alberto. A tí te hará más caso que a mí. Te doy autorización para decir toda clase de tonterías; que padezco; que me vuelvo loca; que me muero por él. Y sobre todo que venga, que venga pronto, pronto, de cualquier modo.

LEONOR

Bien se conoce Elvira que estás loca, como tú dices. Tiene Ricardo metido en el alma el infierno de los celos por Alberto y por tí. He sido yo, yo misma, en gran parte, la culpable de estos celos, de sus torturas y se te ocurre pedirme que le escriba una carta para que venga a esta casa a verte.

ELVIRA

¡Mujer! No creía ofenderte con eso. ¿No me has ayudado tú con tanto interés en mis relaciones con Alberto? ¿No has sido nuestra intermediaria, nuestra confidente?

LEONOR

No me lo recuerdes. Lo hecho, hecho está. Ninguno es aquí culpable; la maldita fatalidad que tanto se goza en jugar con nosotras, ha ido guiando y desarrollando esta novela real de tal modo que todos seamos las víctimas. Procuremos ahora que no acabe en tragedia. Yo quiero convencerme, estoy convencida de que soy inocente. Y sin embargo me remuerde la conciencia.

ELVIRA

¿Te pesa habernos ayudado?

LEONOR

No; de ningún modo. Pero me pesa mucho el que sea yo la causa de que Ricardo sufra y padezca y haya resuelto marcharse de esta casa.

ELVIRA

(Elvira se levantá y mira de nuevo por la puerta). Nada; que no aparece.

LEONOR

No te apures, Elvira. El volverá. Y os hablareis y desahogareis y os casareis por fin. Alberto te quiere. Los que nos consumiremos con nuestras penas seremos Ricardo y yo. Este si que se irá para no volver. Yo me quedaré aquí viéndoos a vosotros muy felices y devorando sola mi pesar.

ELVIRA

Quizás no. ¿A qué afligirse? ¡El mundo da tantas vueltas! Ya ves lo que a mí me ha sucedi-

do. *(Levantándose con enojo repetino)*. ¡ Ah! Si lo tuviera delante, lo arañaría. *(Transición)*. Voy a escribirle otra carta; la última. *(Se va apresuradamente)*.

ESCENA DECIMA

Leonor sola.

¡ Se irá para no volver! No. Que no me ame, que me odie, que me atormente, si asi ha de ser. Pero que se quede aquí en mi casa. Que sienta yo sus pasos, que lo vea, que oiga su voz. Yo impediré su partida. Soy capaz de todo, con tal que no se marche. De confesarle mi amor... *(Transición)*. ¿ Qué adelanto con confesarle mi amor? ¿ Impedirlo? ¿ Cómo? ¿ Qué caso ha de hacer de mi si toda su alma está pendiente de Elvira? *(Pausa)*. Más es menester que yo haga algo; hablar con él... exponerle razones... persuadirlo... *(Con decisión)*. Pedirle perdón, arrodillarme ante él y desahogarme, antes que mi corazón estalle. *(Pausa)*.

ESCENA UNDECIMA

Leonor y Gertrudis.

GERTRUDIS

(Entrando). *(Con fingido enojo)*. Estoy muy enojada contigo, Leonor.

LEONOR

¿ Por qué, mamá?

GERTRUDIS

¿Conque esas tenemos? Así ocultas a tu mamá cosas tan delicadas e importantes.

LEONOR

¿Qué le he ocultado yo?

GERTRUDIS

Vamos; no te hagas la boba; no lo consiento. Que guardes el secreto a tu papá, lo comprendo. A las hijas les da vergüenza decir ciertas cosas a los padres. Pero que no me lo hayas manifestado a mí, es indisculpable.

LEONOR

No la entiendo a Ud., mamá.

GERTRUDIS

¿Todavía? ¿A qué viene ese empeño en negármelo? Tan poca confianza tienes conmigo? ¿Crees tú que por que yo esté ocupada en mis rezos y devociones no me entero de cuanto ocurre en casa? Pues, sí señora. Me entero de todo. Menos mal que se trata de un joven serio y formal.

LEONOR

¿De qué joven habla Ud., mamá?

GERTRUDIS

Bien lo sabes tú; de Alberto.

LEONOR

¡Ah!

Gertrudis

¿Ves tú cómo yo lo sabía? Si a mí no se me escapa nada. Sé una por una las visitas que te ha hecho. Las veces que te ha hablado, las flores que te ha ofrecido.

Leonor

¿A mí?

Gertrudis

Y hasta las palabras con que te declaró su amor.

Leonor

¡Por Dios, mamá! La han engañado a Ud.

Gertrudis

(Incomodada). A mí no me engaña nadie. ¿Lo oyes? Ya me va enojando esa tenacidad tuya en negarme lo que debieras haberme dicho desde el principio. Además no soy yo la única que lo sabe. Manríquez, Ricardo y tu papá están igualmente enterados de ello.

Leonor

(Con sobresalto). ¿A Ricardo también se lo han dicho? Y lo ha creído?

Gertrudis

¡Claro está! ¿Por qué no ha de creerlo, si es verdad? Y ¡poco alegre que se ha puesto! Estaba trastornado de gozo.

Leonor

¿Trastornado de gozo por esa noticia? ¿Ricar-

do? ¿El? Naturalmente, porque sabe que es falsa; porque no puede imaginarse que yo quiera a Alberto.

GERTRUDIS

¿Y por qué no lo ha de poder imaginar?

LEONOR

Porque... ¿Qué se yo? Por nada... Porque no es verdad.

GERTRUDIS

Vaya un empeño.

LEONOR

Se lo juro, mamá. Y le suplico, le ruego, que desengañe de eso a Ricardo, a papá y a Manríquez.

GERTRUDIS

¡Bueno! Yo lo averiguaré. Te advierto que la idea no me es desagradable. Será que Alberto te pretende y tú...

LEONOR

Tampoco. Jamás ha pensado en ello.

GERTRUDIS

Entonces ese Manríquez es un embustero.

LEONOR

¿El fué quien se lo dijo? Me lo figuraba. ¡Manríquez había de ser!

GERTRUDIS

Ya extrañaba yo que él lo supiera antes que yo, y que tú siendo tan buena, queriéndome tanto, no me hubieras dicho ni una palabra del asunto. Por lo demás a mí no se me engaña tan fácilmente. *(Gertrudis se acerca a la puerta).* Allí viene Ricardo por el jardín.

LEONOR

¿Solo o con Ester?

GERTRUDIS

Solo.

LEONOR

(Aparte). Es necesario que yo le hable a él a solas. *(A Gertrudis)* Vamos, mamá.

ESCENA DUODECIMA

Ricardo solo.

Me voy, sí. Estoy cada vez más decidido. ¿Pero he de partir sin despedirme de Leonor? ¿Sin darle el último adiós? Hablaré con ella, ya que verla me es imposible. ¡Ah! ¿Cuánto diera ahora por recobrar la vista? ¿Para qué? *(Pausa)* ¿Será mejor ver o no ver? Ver a la más hermosa obra de Dios, a la mujer. Verla a ella, a Leonor; devorar con la vista la luz de sus ojos, la sonrisa de su boca, la delicadeza de sus cabellos, la blancura de sus manos. Ofrecerle en una sola mirada todo mi amor, toda mi alma. Decirle con los

ojos mi ternura, mis celos, mis sufrimientos. *(Pausa)*. Pero, ¡ver al mismo tiempo las ruines muecas de la traición, la falsa sonrisa y las lágrimas pérfidas de la hipocresía; los gestos fríos del desdén y el desprecio, la cara bufonamente gozosa del tenorio que triunfa, mientras el corazón del vencido se retuerce en ansias de muerte! Ver como ella, como Leonor atrae, fascina a Alberto con sus miradas y los dos juntos, muy juntos, gozan, ríen, se sorben el aliento, se besan...! ¡No! ¡No quiero ver! ¡Quiero estar ciego; siempre ciego! *(Queda abismado en su dolor)*.

ESCENA DECIMATERCERA

Ricardo y Leonor.

LEONOR

(Se detiene en la puerta derecha, contemplando tristemente a Ricardo). Ahí está; abismado en su dolor; consumiéndose solo, como yo. Su pena es tan grande como su alma. *(Se adelanta tímidamente)*. No oye mis pasos. ¡Ah! ¡Qué temor el mío, qué angustia! *(Pausa)*. *(Se acerca algo más)*.

RICARDO

(Algo exaltado). ¿Qué pasos son esos? ¿Quién es?

LEONOR

(Tímidamente). Soy yo, Ricardo.

RICARDO

(Extendiendo los brazos como para apartarla). ¿Tú...? ¡Vete, vete! ¿Qué buscas aquí?

LEONOR

Sé que padeces; que te vas a marchar y vengo...

RICARDO

A aumentar mis penas... Sabes que sufro. Sabes que me marcho. ¿Conoces también acaso quién es la causa principal de mis sufrimientos?

LEONOR

Sí; Ricardo. *(Acercándose más)*. La conozco; soy yo.

RICARDO

¿Eres tú? ¿Y vienes a decírmelo a mí? ¿Me lo confiesa así... tan ingénua... tan dulcemente? ¡Vete, vete!

LEONOR

Te lo confieso, porque también yo sufro, también yo lloro.

RICARDO

¿Sufrir tú? ¿Llorar tú? *(Se ríe sarcásticamente. Con grave enojo)*. ¿Vienes a burlarte de mí?

LEONOR

(Con dolorosa indignación). Ricardo... creí que me conocías mejor.

RICARDO

Claro está; estoy ciego. Si no lo estuviera, vería en este momento la hipocresía de tu semblante. Tarde, muy tarde he venido a conocerte. ¡Vete!

LEONOR

(Acercándose a Ricardo hasta tocarle las manos). No; no me voy. Nadie me arranca de aquí hasta que no me des tu perdón.

RICARDO

¿Mi perdón? *(Rechazándola).* ¡Apártate! Lejos, muy lejos de mí.

LEONOR

(Asiendo las manos de Ricardo). Te he hecho sufrir; he sido criminal, si tú lo quieres. He echado leña al fuego de tus celos por Alberto.

RICARDO

(Al oir el nombre de Alberto da un grito de celo y desesperación). ¡Ah!

LEONOR

(Poniéndose de rodillas). Perdóname. Ya ves que te lo pido de rodillas.

RICARDO

¿Me pides perdón y nombras a Alberto? *(Apretándole fuertemente las manos).* Os aborrezco, os odio, os maldigo a los dos con toda el alma; a él, porque me ha robado traidoramente mi cariño. A tí, porque debieras ser mía, mía sola y eres de él.

LEONOR

(Con sorpresa y angustioso interés). ¿Qué dices... Ricardo? ¿Tuya... tuya?

RICARDO

(Apretándola con más fuerza por los brazos y el cuello y sacudiéndola). Sí; mía; porque a pesar de que te odio, te amo y te amaré siempre.

LEONOR

(Riéndose dulcemente y dejándose caer). ¡Ah! ¿Me amas? ¿Me amas? *(Se ríe de nuevo).*

RICARDO

(Queda sujetando a Leonor) ¿Te ríes?

LEONOR

(Con voz ahogada). Sí... me río... ¿Cómo no he de reir si me amas y yo también te amo?

RICARDO

¿Tú...? ¡Mentira! Amas a Alberto; lo sé; sus visitas;... sus flores... sus besos... lo sé, lo sé todo. Traidor él... traidora tú.

ESCENA ULTIMA

Dichos Don Fernando. Gertrudis. Elvira y después Alberto.

(Don Fernando y los demás que entran por la galería del foro, quedan petrificados de sorpresa y pasmo. D. Fernando se colocará al lado de Ricardo. Gertrudis y Elvira acudirán a levantar a Leonor).

FERNANDO

¿Qué es eso, Ricardo?

GERTRUDIS

¡Hija mía!

ELVIRA

¡Leonor! *(Entra Alberto sorprendido y se coloca al lado de Elvira).*

LEONOR

(Sonriéndose). Nada, no es nada... El gozo que se siente cuando se entrega el corazón a quien se ama. *(Toma una mano de Ricardo y la aprieta fuertemente).*

RICARDO

(Soltándose). (Aparte a Leonor). ¿Qué dices? ¡Calla, Leonor!

LEONOR

¿Callarme? Ya lo saben todos, Ricardo y yo nos amamos.

RICARDO

¿Y Alberto?

LEONOR

Papá, diga a Alberto, que dé la mano a Elvira.

FERNANDO

(Tomando de la mano a Alberto). ¿Ya lo oyes, Alberto?

ALBERTO

La mano y el alma.

RICARDO

¡Ah, gracias a Dios que al fin veo!

FERNANDO

¿Qué ves?

RICARDO

(Estrechando las manos de Leonor). Veo el amor, que es la luz, la vida, la alegría.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE D. LEON ICHASO

Los Aburridos.—Comedia en en tres actos y en prosa.

El Amor Libre.—Boceto dramático en un acto y en prosa.

La Real Moza.—(1).—Zarzuela en un acto y dos cuadros, música de los maestros Francisco de P. Barbat y Césare Bonafoux.

El Cacique.—(1).—Zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música del maestro Vicente Sânchez Torralba.

La Reina de los Cantares.—(1).—Zarzuela en un acto, música del maestro Manuel Vázquez.

El Cometa de Halley.—(1).—Apropósito en un acto y tres cuadros.

Tragedia Feliz.—(1).—Entremés en un acto, en prosa y en verso.

Amar a Ciegas.—(1).—Comedia en dos actos y en prosa.

Premio y Castigo.—(1).—Paso de comedia.

Día de recibo.—(1).—Comedia en un acto.

La Flor del Camino.—(1).—Comedia en dos actos y en prosa.

La Escuela del Periodismo.—(2).—Boceto dramático en un acto y en verso.

Desde el alma.—Poesías.

EN PREPARACION

La Niña de Nieve.—Comedia en dos actos.

Benditos sean los hijos.—Comedia en tres actos.

Fuego y Ceniza.—Poesías.

Notas y Vibraciones.—Artículos de crítica.

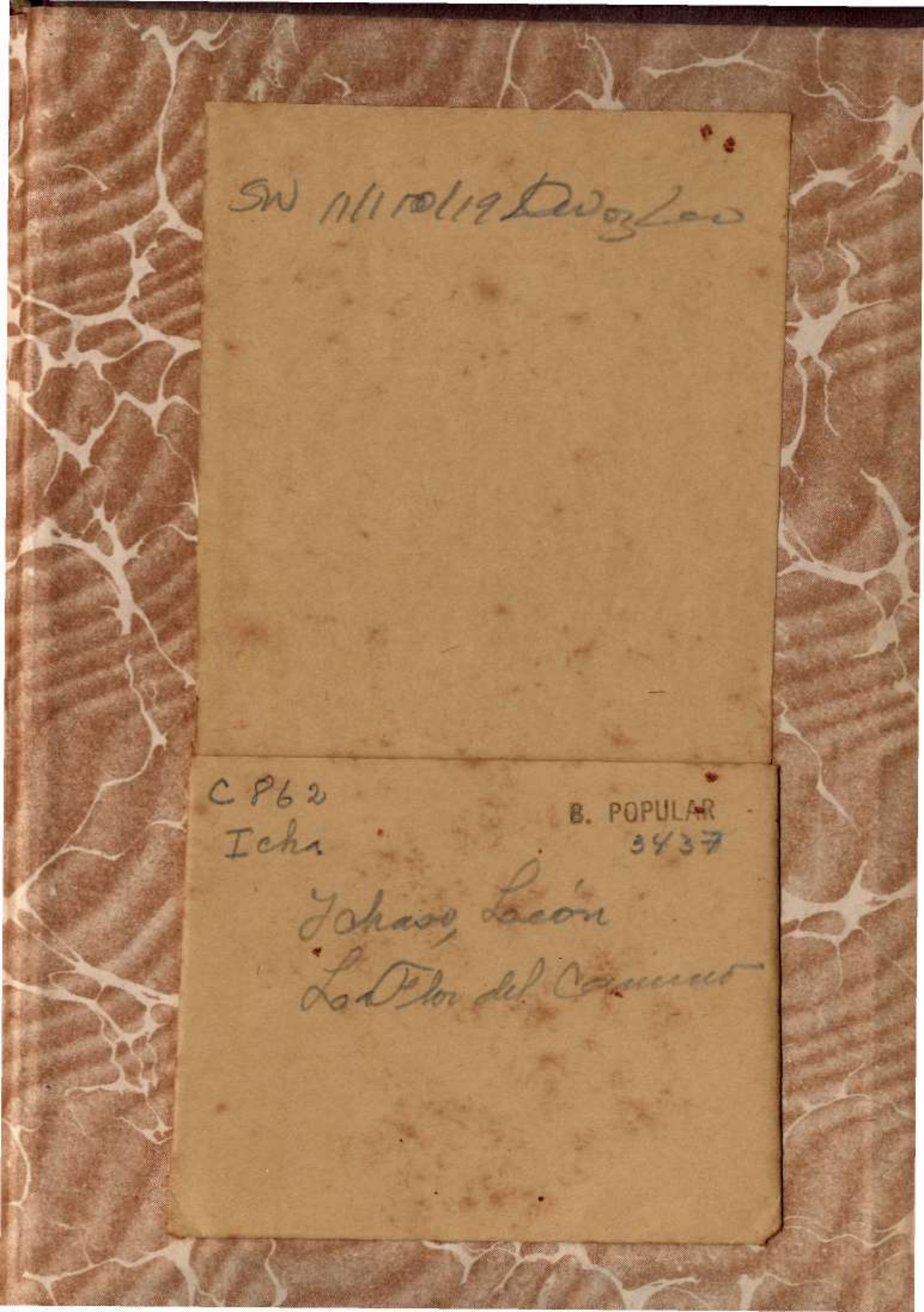
La Comedia Femenina.—Artícuos de costumbres.

---

(1) En colaboración con D. Julián Sanz.

(2) En colaboración con D. Manuel Pinos.




C 862
B. POPULAR
3437
La Flor del Camino

